

UNA VIDA ENTRE TÉ Y GALLETAS...

Un verano de escaramuzas de amor y baile en sociedad para la joven condesa de Hastings

A woman with dark hair, seen from behind, stands on a stone path in a lush garden. She is wearing a white, sleeveless, floor-length dress with a large, light green bow at the waist. The path is flanked by green grass and a stone wall on the right. In the background, there is a stone building with a grey door and a large green tree.

DANIELA VILLA

*-Una vida
entre té y galletas...-*

Un verano de escaramuzas de amor y baile en sociedad
para la joven condesa de Hastings

-La noticia-

Hola a todos, mi nombre es Anne, tengo veinte años y vivo en Hartford Park, una encantadora hacienda en la campiña inglesa que hace generaciones que está en mi familia. Mi padre es noble por descendencia, el decimonoveno conde de Hastings, mientras que mi madre es de origen burgués. El suyo, aunque era algo extraño en esos tiempos, fue un matrimonio simple por amor.

Naturalmente, gran parte de la familia de mi padre se oponía pero él siempre ha sido un hombre bastante obstinado e, afortunadamente para él, mi abuelo, el decimooctavo conde de Hastings, era un hombre espléndido: era un caballero de la “vieja escuela” y un inconformista de las ideas “modernas” al mismo tiempo. Era así como le gustaba definirse. Y yo, bueno, no podía sino darle la razón.

Soy hija única, aunque a pesar de esto, nunca he sufrido de soledad, siempre he tenido muchos amigos. Mi institutriz decía que era muy sociable, tanto con la servidumbre como con los “chiflados” que frecuentaba mi primo, ¡sin mencionar a mi amigo Joe! Ella sentía un verdadero odio hacia él, la muy pobre. Ella deseaba que pasara mis tardes bordando, tocando instrumentos, pintando y leyendo como hacen todas las “señoritas decentes”, mientras que yo, apenas podía, me escabullía de la casa y me dedicaba a actividades más divertidas como pescar, correr colina abajo, descubrir caminos nuevos, construir casas en los árboles y, en resumen, otras cosas por el estilo. ¡Sin mencionar cuando mi padre me regaló a Thunder! Un espléndido semental negro como la noche con una estrella blanca en el hocico. A mi madre casi le dio un infarto, mientras que a la señorita Mayer, así es como se llamaba mi carcelera, creo que le dio el principio de una crisis nerviosa. Sin embargo, para su tranquilidad, cuando no galopaba por el campo con Thunder, me dedicaba a pintar y a leer. Siempre me ha encantado leer y todavía lo hago. Devoro cada libro que está a mi alcance, obviamente incluso aquellos que,

según la señorita Mayer, no encajan con la educación de las ya mencionadas “señoritas decentes” y que mis amigas consideran simplemente “mortalmente aburridos”...

—¿Pero cómo puedes leer aquel bloque?

—¿...? —Arrastrada a la fuerza fuera de la riña en la batalla del Gránico, me doy cuenta de que ya no me encuentro sola en la habitación.

—Yo me dormiría en la segunda página.

—No es tan malo. —Cierro el libro y lo coloco en la mesa junto al sofá. Adiós, tranquilidad...

—Si tú lo dices... —Las dos recién llegadas intercambian una mirada escéptica.

—Es un hermoso día y pesamos en dar un paseo por el pueblo, venimos a preguntarte si quieres ir con nosotras. ¿Qué dices?

—¡Me parece una gran idea! —Ya sé cómo terminará esto...

Y por eso estoy aquí, de paseo por la campiña inglesa bajo el caliente sol de una tarde primaveral junto a dos de mis más antiguas y queridas amigas.

Encabezando el grupo, el huracán de energía que entró en el salón y me trajo de vuelta a la realidad, está Katherine, Kate para los amigos, hija de una prima de mi padre que vive con su familia en una casa de campo no muy lejos de aquí. Mientras que la segunda, aquella que, para ser claros, “se dormiría en la segunda página”, es Susan, hija del ministro del país.

Bakerville no está lejos y estamos ahí en menos de tres cuartos de hora. La calle principal ya está repleta, o lo más repleta que pueda estar la calle principal de un país que tiene como máximo mil habitantes. Sin embargo, ahora que llega el verano, como sucede cada año, muchas familias dejarán la capital para pasar los meses más calientes en las haciendas del campo y la población se duplicará, lo mismo pasará con nuestras visitas; y, si no me equivoco, es exactamente de esto de lo que me están hablando Kate y Susan...

—Yo escuché que a Mansfield ya lo comenzaron a invadir, ¿entonces tu primo decidió volver también este año?

—Parece que sí... Según lo que me escribió, debería llegar pronto junto con algunos amigos.

—¡Qué gusto! Estoy muy feliz por ver de nuevo a tu primo, es muy elegante.

—Y también muy fascinante, sólo espero que este año no traiga consigo a aquel amigo suyo que es muy irritante, a... ¿cómo se llama?

—Se llama McGragor, Frederick McGragor.

—Sí, Susy, él.

—¿¡Pero cómo!? ¡El señor McGragor es una gran persona!

—¡Pero si era grosero!

—Conmigo siempre se ha comportado con gentileza y con cortesía.

—¡Entonces sólo contigo porque con todos los demás ha actuado como un maleducado, lo opuesto a un conde, a un duque o a un barón!

—A mí no me ha pareci...

—¡Señoritas, hace mucho que no nos vemos! —una voz familiar me impide continuar defendiendo al pobre señor McGragor—. ¡Es necesario que salga el sol para que las flores más bellas se decidan a mostrarse por aquí!

—Estás en el país equivocado, amigo mío, Inglaterra no es el lugar indicado desde ese punto de vista.

—Las flores más raras son las más bellas y yo quiero sólo lo mejor de la vida.

—Bien, de acuerdo, ya lo entendimos, ahora puedes dejar de actuar como un adulator, Joe. ¡Sabes que te conocemos muy bien como para creerte!

—¿Pero qué dice, condesa? Yo tengo los cumplidos más sinceros y “espontáneos” sólo para usted.

—¡Ya te dije que te detuvieras, Joe! Y también deja de hablarme de usted y de llamarme “condesa”, sabes que me hace sentir incómoda...

—De acuerdo, de acuerdo, me detendré... Pero si no te “hago sentir incómoda” en las pocas ocasiones en que logro verte acabaré por desacostumbrarme y después me tocará encontrar otro pasatiempo.

—Lo cual no sería una mala idea... —mascullo entre dientes, fingiendo estar

harta, pero me traiciono muy pronto al responder a su sonrisa habitual.

Y así otro miembro se añadió a nuestra pequeña pandilla. Su nombre es Joe, o mejor dicho Jonathan Stuart; estudia leyes e quiere emprender la carrera política. Para resumirlo rápido, es obstinado y determinado y, a mi parecer, también es bastante adulator y manipulador. Lo conozco como la palma de mi mano y estoy segura de no estar equivocada. Hemos sido amigos desde la infancia y crecimos juntos. De pequeños era mi compañero de travesuras y el terror de la señorita Mayer, es prácticamente el hermano que nunca tuve.

—Por cierto, ¿han oído la noticia?

Perdida en mis pensamientos, ni siquiera recuerdo haber entrado en el emporio de la señora Graham y que la vendedora, entre cintas, nos está poniendo al día con las noticias de último momento.

—Primero pasó por aquí la señora Taylor y me contó que le acababa de llegar una carta de su hijo... —El corazón me late rápidamente y sin darme cuenta, contengo la respiración, siento la mirada de todos los presentes en mí pero cuando alzo la mirada me doy cuenta de que sólo lo imaginaba—, ¡vuelve de permiso dentro de unos días y probablemente se quedará un tiempo!

—Yo pensaba que estaba en las Indias Orientales.

—Bueno, pero parece que está de vuelta, ¡y parece también que lo ascendieron! ¡Su madre estaba radiante!

—No puedo creerlo, creo que han pasado unos dos años desde que estuvo en casa.

Dos años, tres meses y cuatro días, para ser precisos.

Dejo caer entre los demás la cinta que tenía entre las manos esperando que ninguno se dé cuenta de que lo arrugué y busco una salida.

—Se está haciendo tarde. —Y me falta el aire—, debo regresar a casa, si llego tarde al almuerzo mi madre se preocupa, ya saben cómo es. Pero ustedes quédense, no se preocupen, conozco el camino.

Esta vez la mirada de Joe es inconfundible, pero ya estoy marchando rápidamente hacia el campo abierto, donde finalmente siento que puedo comenzar a respirar libremente.

Tarde o temprano sabía que esto debía suceder...

-La espera-

Dicen que una buena noche de sueño devuelve todo a su sitio, también dicen eso de un paseo largo, de una cabalgata peligrosa, de un simple té de manzanilla y de un trabajo manual un poco agotador. Ayer yo lo hice todo: camine por kilómetros, galopé por horas, bebí litros de manzanilla y reorganicé todo el desván, pero aun así no logré cerrar los ojos esa noche. Sin embargo, hoy es otro día y yo ya no soy la misma de hace dos años. Crecí, maduré y ya lo he superado. Ya no siento absolutamente nada por él, sólo fue un enamoramiento infantil. El primer amor es verdadero, nunca se olvida, pero, como decía mi abuelo, no debemos quedarnos atascados en los recuerdos, de lo contrario se ahogan entre los pliegues de la vida y no nos dejan mantenernos a flote y nadar hasta nuestro destino. Mi abuelo era un poeta, un poco retorcido para una niña de siete años, pero al crecer puedo apreciar cada día más sus extrañas metáforas. Me río mientras dejo caer la pesada cesta que estoy llevando hacia el desván. Mi madre, desde el diván en que está sentada bordando, me observa sorprendida.

—¡Voy a dar un paseo! —le digo mientras corro hacia el establo, fingiendo que no la escucho gritar que primero debería poner en orden todo lo que dejé en el suelo.

Thunder siempre es la mejor cura para cualquier mal que tenga y esta vez no será diferente. Ayer probablemente no funcionó porque no estaba en el estado mental correcto: no se trata de recordar todo lo que sentía, de olvidarlo o de negar lo que sucedió. Nunca lograré superar esto de ese modo. Lo que debo hacer es aceptarlo con serenidad, atesorar los bellos recuerdos y aprender de los malos para el futuro. He cambiado mucho desde entonces y probablemente él también, simplemente yo me mantengo atada a un amor por alguien que tal vez ya no exista y que ya no puede continuar llamándose amor. Qué obsesión más testaruda la de permanecer atada al recuerdo de

tiempos felices. Mientras galopo a gran velocidad hacia la cima de la colina, sigo riéndome sola. ¿Cuántos años han pasado desde aquel día terrible? ¿Dos? ¿Tres? Ya no lo sé. Y sólo ahora, así de la nada, ¿tengo una epifanía, mientras muevo cestas y cajas, a pocos días de su retorno? Quizá si lo hubiera pensado mejor antes mi vida habría sido diferente, o quizá no... ¿quién podría saberlo? Comienzo a reír de nuevo mientras el viento se lleva las últimas lagrimas que derramaré por él.

Y ahora estamos aquí, finalmente en la cima. No es muy alta pero a mí siempre me ha parecido que estoy en la cima del mundo. En los días claros, desde aquí incluso se ve el mar. Pero en los demás días nos gusta observar las propiedades de los alrededores. Justo al frente está Hartford Park, mientras que en el fondo está Mansfield. Del otro lado de Hartford, aquello que se vislumbra oculto entre las hojas de los limoneros, está la casa de campo de la familia de Kate. Al lado empieza la propiedad de la rectoría, luego Bakerville y la hacienda de los Taylor. Del otro lado de la colina se extienden los terrenos de Monkfort, la residencia del duque de Warwik.

Mientras dejo libre a Thunder para que pade un poco de césped y para que descanse durante algunos minutos, me acuesto a la sombra del gran roble que me ha hecho compañía todas las veces que he sentido la necesidad de escapar de todo y me oculto aquí para encontrar la tranquilidad y la fuerza para crecer. La primera vez que vine hasta aquí estaba en compañía de mi abuelo. Se sentó en esa roca, encendió su pipa, me indico que me sentara junto a él y se puso a mirar el horizonte en silencio. Siempre hacía así cuando debía impartir uno de sus famosos consejos y yo, como todas las veces, seguía su mirada y esperaba pacientemente la nueva perla de sabiduría que no entendería pero que conservaría como un precioso tesoro hasta que llegara el momento adecuado. Aún recuerdo las palabras exactas.

“Éste es un lugar mágico, es mi lugar mágico y te lo deajo a ti. A ti directamente. Desde aquí a veces se puede ver el mar. Y cuando no se ve, igual se ve a gran distancia. El mundo es grande, mi pequeña, todo esto es sólo un pequeño punto, pero es tu pequeño punto y tú debes protegerlo y cuidarlo, ¿entiendes?”

En realidad no mucho, pero le respondí que sí.

“Desde aquí puedes cualquier cosa pero ninguno te verá a ti. Aquí estarás en

medio de todos pero estarás completamente sola. Aquí verás que tan grande es tu mundo pero recordarás que tan pequeño es comparado al mundo real. Este lugar será tu refugio seguro donde podrás siempre encontrarte a ti misma, incluso cuando creas que te has perdido”. Me miró mostrándome su sonrisa cálida y reconfortante y yo asentí de nuevo.

“Recuerda siempre, mi pequeña, que bien seas la condesa de Hastings y aquí todos te traten con respeto, el mundo es tan grande y lleno de personas que fuera de aquí tu título podría no valer nada. La única cosa que siempre valdrá algo eres tú, aquello que eres en realidad, más allá del nombre y los títulos, más allá de los vestidos y las joyas; aquello que tendrás siempre, que nadie nunca podrá robarte, aquello que nunca te traicionará. Lo importante es aquello que tienes aquí y aquí”. Y observándome con un aspecto solemne como nunca lo había visto, indico hacia su cabeza y su corazón.

“Prométemelo, pequeña, prométeme que no olvidarás nunca lo que te he dicho”.

Y así le prometí a mi abuelo que nunca olvidaría el discurso dado en la cima de la colina y que seguiría al pie de la letra todos sus consejos.

Ha pasado alrededor de una hora desde que salí y creo que mi madre debe estar dando repasando en sermón que me dará apenas me vea, así que intento colarme en mi habitación pasando a través de la cocina, pero lamentablemente el plan falla miserablemente y escucho que me llaman.

—¡Tesoro, ven aquí ahora mismo!

No parece estar muy enfadada, pensé que sería peor. Pero, al darme la vuelta, veo la razón de aquel “perdón inesperado”, o mejor dicho, “regañó aplazado”. Vicky está aquí.

Vicky, o Victoria Ferguson para el mundo, es otra de mis mejores amigas y, en este momento, creo que es la última persona en el mundo que me hubiera gustado ver.

A diferencia de mi madre, que se nota a kilómetros que no ha olvidado mi gran salida con estilo, me sonrío con sinceridad, pero es evidente que tiene algo que decirme: una gran noticia, SU gran noticia, y lamentablemente ya sé

de qué se trata... Pero no quiero arruinar su felicidad y corro a encontrarme con ella con una gran sonrisa en mi rostro e, tomándola de las manos, la acompaño hacia el salón preguntándole el motivo de su grata visita.

—¡No vas a creer lo que ocurrió!

—Cuéntame.

—¡Está de camino! Recibí una carta suya justo esta mañana en la que me anunciaba que debería estar en casa el veintisiete, ¡en tres días! ¡En sólo tres días podré verlo de nuevo! ¿Puedes creerlo?

—... No sé qué decir... —Realmente no sé qué decir—, estoy... muy feliz... por ti.

Tiene lágrimas en los ojos y temo que yo también, así que la abrazo para que no me pueda ver el rostro hasta que me recupere.

—También me escribió que me ha echado muchísimo de menos y que cuando regrese hablará con mi padre. ¡No puedo esperar! Finalmente todos mis sueños están por hacerse realidad...

Sonríó con sinceridad tomándola de las manos, no me atrevo a decir ni una sola palabra por las ganas que tengo de llorar, pero ella está muy contenta como para darse cuenta así que continúa. —Vine directamente a tu casa para avisarte, quería que fueras la primera... Has sido tan amable conmigo durante estos años, siempre has estado ahí cuando estaba triste y cuando me sentía desalentada. Fuiste tú quien me dijo que siguiera confiando en él y que regresaría tarde o temprano. También, cuando llegaron aquellas terribles noticias sobre la batalla de Agra, fuiste la única que creyó en cada instante que él estaba entre los pocos sobrevivientes...

—Así es...

—¡Jamás sabré como agradecértelo!

—No tienes que...

—¡Apenas regresé le contaré todo! ¡Él debe saber todo lo que has hecho por nosotros!

—... Ehm... Realmente no es necesario... No hice nada... —No sé por cuánto podré soportar esto.

—Ahora debo irme, ya te he hecho perder mucho tiempo, ¡y aún hay un montón de personas a quienes les debo dar la gran noticia! —chirría Vicky eufórica.

—Oh, bueno, de ser así no puedo retenerte. Realmente me ha complacido tu visita.

—Entonces volveré lo antes posible, ¡quizá junto a William!

—¡Perfecto, tengo muchas ganas de volverlo a ver! —Hasta entonces me dejaré morir aquí...

Ni siquiera ha salido por la puerta cuando me dejo caer sin fuerza al sofá. Cierro los ojos e intento recobrar la compostura cuando entra Mary, nuestra ama de llaves, anunciando la presencia de un nuevo invitado. Ahora quién puede ser...

—¡Buenos días, condesa!

—¿Cuántas veces debo decirte que no me llames condesa?

—¡Es divertido!

—Mhm... —Resoplo, dejándome caer nuevamente entre los cojines.

—He visto salir a la señorita Ferguson...

—Así es...

—¿Ha venido para darte la “¡¡gran noticia!!”?

—Así es...

—Y para agradecerte por todo lo que has hecho por ella...

—Así es...

—Y tú le has dicho que estabas muy feliz por ellos...

—Así es...

—¿Sabes decir otra cosa además de “así es”?

—No.

—Es un comienzo, así es.

—Dijiste “así es”.

—¿Eh?!

Sonríó. Finalmente he recuperado el control total de mí. Él también sonríe al darse cuenta. Seguramente lo ha hecho a propósito.

—Entonces, ahora que has recuperado la capacidad de hablar, ¿qué tal si me cuentas algo?

—Disculpa, ¿qué cosa debo contarte?

—Yo sé lo que ella te dijo, ahora quiero saber cómo lo has tomado tú.

—Bien. ¿De qué otro modo debería tomarlo? Todos los sueños de una de mis mejores amigas están por hacerse realidad, no puedo sino sentirme feliz por ella.

—¿Aun cuando esos sueños hace tiempo eran los tuyos? —Él no tiene pelos en la lengua...

—No digas tonterías.

Él me mira directamente a los ojos.

—Sí, aun cuando hace tiempo, y subrayo “hace tiempo”, eran los míos. Ya lo he superado, no te preocupes, ya no soy la misma niña tonta de hace algunos años. Ahora soy adulta y puedo afrontar esto sin problemas.

—Tal vez, pero a mi parecer cada palabra suya te ha hecho más daño que una puñalada.

—...

—Y sus agradecimientos...

—¡Eran sinceros! —estallé— Fue sincera cuando me agradecía porque la consolé y le generé la confianza necesaria para creer que aún estaba vivo y que un día regresaría a casa con ella, siempre, sin importar lo que hubiera ocurrido. Sin embargo...

—Sin embargo lo hacías sólo por ti, porque no podías creer que estuviera muerto en Agra, ni que no lo volverías a ver.

—Así es...

—Ella confundió tu amor y tu persistencia por amistad y la contagiaste de ello. Incluso si no fue totalmente voluntario, le has hecho bien y es por eso que ella te lo ha agradecido. Deja de sentirte culpable e intenta superarlo de una vez por todas.

—No te preocupes, ya lo hice. Te lo he dicho, ya crecí y lo superé.

—Por alguna razón no te creo.

—Cuanta confianza...

—Si fuera así, sabes que me sentiría muy contento, ¿no? Al menos así tendría oportunidad de casarme contigo...

—¡Déjate de payasadas, Joe! ¡Ya me lo has pedido un millón de veces!

—Y lo seguiré haciendo hasta que dejes de responderme que me deje de payasadas.

—Sí, sí, sí... ¿No prefieres un poco de té? También hay galletas que hizo Mary, ¿te apetecen? Las acaba de hornear...

—¡Maldita sea, sabes que no puedo negarme a las galletas de Mary! De todas formas es inútil que me distraigas... ya sabes que... tarde o temprano... te lo pediré de nuevo...

—Sí, sí, pero ahora deja de hablar con la boca llena.

-El regreso-

Es el amanecer de un nuevo día...

Quizás es más tarde que eso, siempre soy la última en despertarme en Hartford.

Afuera de la ventana de mi habitación los pájaros cantan y las hojas relucientes de los árboles se mueven al lento ritmo de la brisa primaveral.

Me estoy vistiendo con calma cuando escucho un ruido de cascos venir del jardín. ¿Quién puede ser a esta hora de la mañana?

Me asomo por la ventana con curiosidad y veo a un hombre a caballo acercarse a gran velocidad y bajarse de un salto justo frente a la casa. ¡POR SUPUESTO!

En un segundo me lanzo hacia la puerta y bajo las escaleras lo más rápido que puedo. Tan pronto como veo la puerta de Hartford abrirse, me abalanzo entre los brazos del recién llegado.

—Demonios, qué cálida bienvenida.

—¡Bienvenido de nuevo, Daniel! ¡Te he echado mucho de menos!

—También te he echado de menos, pequeña. —Me da un fuerte abrazo para consolidar con ese gesto el significado de sus palabras. Me siento feliz así, no quiero soltarlo nunca, junto a él me siento en casa, me siento segura, me siento protegida, como con mi padre o mi abuelo. Tienen los mismos ojos de un cálido color chocolate, el mismo pelo oscuro, ondulado y rebelde, las mismas piernas largas y hombros anchos, la misma piel bronceada por el sol y la misma sonrisa fascinante e intrigante.

—¡Mamá, Papá, vengan a ver quién llegó! —Me alejo un poco de él pero lo mantengo siempre cerca e intento recomponerme antes de que llegue mi madre.

Mientras tanto, Daniel me observa y se ríe de mi torpeza y tal vez de mi

peinado que no es del todo “perfecto”, y mucho menos está terminado, si queremos ser quisquillosos. A diferencia de él, yo no me parezco físicamente a los Hamilton, de hecho, de acuerdo a todo el mundo, soy la copia exacta de mi madre cuando era joven: estatura media, rizos marrones, cutis pálido un poco colorado por el sol estival, pero con ojos claros grandes y vivaces. Para mi papá todo su mundo son mis ojos azules como el mar y los ojos verdes como el suelo de mi mamá. Pero en compensación soy la única, según dice la familia, que ha heredado el “temperamento” de los Hamilton.

Tan pronto como aparecen mis padres en la puerta del comedor, Daniel avanza hacia ellos a grandes pasos.

—¡Feliz regreso, muchacho! —Daniel sonrío feliz en respuesta al fuerte apretón de manos de mi padre mientras que mi madre se le acerca para abrazarlo.

—¡Cada día eres más encantador, tu madre debe estar muy orgullosa de ti!

—Así es, aunque le cuesta admitirlo.

—Al igual que todos los de apellido Hamilton.

—¿Qué quieres decir con eso? —Bromea mi padre de buen humor.

—Nada, nada, querido, sólo lo dije por decir...

—Mientras Daniel y yo intercambiamos miradas cómplices, alguien toca a la puerta principal.

—¡Oh, deben ser ellos!

—Todos observamos curiosos al joven a la espera de una explicación.

—Son unos amigos. Serán mis huéspedes en Mansfield por el verano y pensé en traerlos aquí en primer lugar para presentárselos. También porque tengo una sorpresa...

Y así entraron con paso lento la puerta de madera oscura de Hartford Park.

Primero avanza solemne un viejo conocido: Frederick McGrigor, escocés purasangre, austero y orgulloso hasta la médula, un gigante de rizos claros y de ojos de hielo, un apretón de hierro, la mirada decidida y una voluntad firme. Tiene la misma edad que Daniela, algunos años más que yo, pero parece ser mayor y de seguro más maduro de lo que demuestra ser mi querido

primo. En ocasiones puede parecer frío o arrogante, tanto que podría parecer maleducado, pero yo creo que sólo es reservado, quizás un poco tímido. Daniel simplemente dice que es gentil sólo con quienes, según él, lo merecen y que yo me lo he ganado sólo por el hecho de preguntarlo. Ciertamente es un razonamiento un poco enrevesado y desde el verano pasado he pensado en ello sin tener el coraje de exponerles mi teoría a Kate y Susy. No estoy segura de que lo entenderían y, si lo hicieran, probablemente acabarían por ofenderse. Por lo tanto, he decidido que es mejor continuar respaldando mi teoría de la “privacidad”. Mientras me pierdo en estas elucubraciones, el señor McGragor ya ha saludado a mis padres y lo encuentro frente a mí. Me mira a los ojos y con una pequeña reverencia me toma la mano con delicadeza para besarla. Cuando se levanta, le sonrío y él hace lo mismo, regalándome unos de esas sonrisas casi imperceptibles que son tan raras en esos labios siempre sellados con una expresión austera.

Detrás de sus enormes hombros noto entonces a los otros miembros del grupo: dos damiselas y otro joven caballero. Mi primo Daniel los presenta como: —La señorita Eleanor Williamson, el señor Albert Shannon y su querida hermana Fanny, mi prometida.

Los tres nos quedamos estupefactos por un momento por la noticia hasta que, siendo la primera, mi madre vuelve en sí y estalla en una lluvia de buenos deseos y felicitaciones. Mi padre se limita a darle una palmada en la espalda mientras que yo me acerco para abrazar a Daniel y a mi futura prima.

Parece aliviada por nuestra reacción, como si se sintiera a prueba, y bueno, en efecto lo estaba y lo estará de hoy en adelante, pero entenderá muy pronto que éste no es la rama de la familia de su prometido que deberá temer más. No obstante, por la mirada que me lanza mientras abrazo a Daniel se vislumbra que bajo esos rizos rubios hay un gran espíritu combativo y que no se rendirá fácilmente.

A su lado, la señorita Williamson mira a su alrededor un poco perdida. Tiene un pelo rojo larguísimo que le cae en rizos por la espalda y dos grandes ojos verdes que resaltan en su rostro claro con pecas.

Detrás de las dos damas pronto se abre camino el último joven, se presenta a mi padre como Albert Shannon, nieto de Lord Shannon. Es menos alto y macizo que los otros dos, pero de todos modos tiene una apariencia

agradable, rizos oscuros y ojos castaños, las manos bien cuidadas y la complexión un poco pálida para ser amante de la vida al aire libre, parece más hecho para la vida de ciudad: los bailes, los clubes, los salones.

Me observa con una mirada extraña, la misma con la que parece analizar cada pequeño detalle del salón y de panorama más allá de las ventanas. Como si yo también estuviera a prueba...

Todavía estamos hablando de esto y de aquello cuando mi madre tiene una de sus “ideas brillantes”:

—Tesoro, ¿por qué no organizamos un gran baile aquí en Hartford Park para celebrar el compromiso de Daniel?

Mi padre se queda sin palabras por algunos segundos. A él no le gustan particularmente los bailes y todos lo sabemos pero no puede negarse delante de todas estas personas. ¡Mamá le tendió una buena trampa esta vez!

Pero afortunadamente para él, Daniel, ahogando una risa, logra salvar el día.

—No te preocupes, tío, ya pensaba organizarlo en Mansfield. Uno de los fabulosos bailes de Mansfield, ¿qué les parece?

—¿Como los que organizaba tu madre?

—¡Así es, como los de mi mamá!

—Cuando tu padre se entere te estrangulará...

-Seguir adelante-

No lo puedo creer, ¿qué hago ahora? Uno, dos, tres, respira... Vamos, respira... Están entrando, intenta al menos tener un color normal.

Le doy la espalda a la puerta para intentar ganar más segundos inútiles cuando siento el inconfundible clic de la manilla abrirse y la voz de Mary que anuncia a los invitados.

—La señorita Victoria Ferguson y el teniente Taylor para usted, condesa.

Me concedo un último respiro largo y luego me doy vuelta lentamente. Primero observo a Vicky y no puedo creerlo...

Ella se ve cuando menos radiante y yo le doy una sonrisa falsa, saludándola con toda la cortesía de la que soy capaz.

Lo lleva del brazo y lo empuja hacia mí. Debo hacerlo...

Alzo la mirada y me encuentro con sus grandes y vivaces ojos oscuros. Me sonrío con felicidad. No ha cambiado nada desde la última vez que nos vimos. Los rizos rebeldes, la nariz de patata, las pestañas largas, la piel quizás un poco más oscura. No puedo resistirme. Sonrío, aceptando la mano que me entrega, y la aprieto con calidez.

—¡Feliz regreso!

—Es un placer estar de nuevo en casa.

—Es un placer para nosotros tenerte de nuevo aquí, sano y salvo. —Me dirijo a mi asiento haciendo señales a mis invitados para que hagan lo mismo.

—Sabes, querido, que sin Anne no podría haber resistido. Te lo he dicho, ¿no?! Fue ella quien me dijo que siguiera creyendo en ti, que tuviera fe porque un día regresarías a mí. —Me está observando con una mirada entre la gratitud y la incredulidad y yo respondo con una sonrisa avergonzada

mientras que Vicky continúa con sus disparates—. ¡Me dijo que me lo prometiste y que eres un hombre de palabra y siempre mantienes las promesas! —Ahora su expresión se torna helada, parece que ya no puede mirar en mi dirección y es una fortuna porque yo tengo la impresión de que alguien me ha dado un puñetazo directamente en el estómago y temo que se note.

No sé con qué fuerza, tal vez se trata de puro y simple orgullo, pero siento que mi voz estalla en risas y hablar casualmente sobre como Vicky me atribuye méritos que no merezco y de los sonidos que hacía al correr nerviosa cada mañana al correo para ver si llegaban noticias de su chico. La tensión entre nosotros parece disminuir como por encanto y la conversación comienza a moverse hacia temas más inofensivos como el clima, los nuevos perros de caza de mi padre, la estación que se nos presenta ahora y las noticias del frente oriental. Hablamos de viejos tiempos, de los compañeros de armas de William que pasarán algunas semanas en Bakerville y del baile que se está organizando en Mansfield.

Después de un poco más de una hora, se ponen de pie para despedirse. Finalmente los tres estamos sonriendo serenos como antes. No lo he perdonado y puedo ver en su rostro que él aún se siente culpable, pero sé que finalmente puedo seguir adelante y que ahora para mí él es otra persona. Aquella que me hizo sufrir tanto partió hace dos años hacia la India y murió en Agra, ésta de frente a mí ahora es otra: un viejo amigo, el prometido de una de mis mejores amigas y nada más.

Lo despido con la promesa de vernos esa noche y, mientras cierro la puerta a sus espaldas, me siento ligera, como no lo había estado en mucho tiempo. Suspiro feliz y corro al jardín riendo como una niña.

La noche llega pronto y me veo obligada a volver a mi viejo papel de condesa de Hastings.

Los invitados son puntuales y el salón de Mansfield rápidamente se llena de jóvenes con ánimos de hablar y pasar la noche con mucha alegría.

Daniel, en medio de la sala, entretiene al grupo hablando sobre sus últimas proezas de jinete y mientras Vicky y la señorita Williamson cuelgan de sus

palabras, Fanny se pavonea pegada a su brazo. El señor McGrigor, apoyado contra la gran chimenea, escucha desinteresado como William le cuenta a Joe sobre las maravillas de la India. Kate y Susy, en cambio, están extrañamente abrazadas en un rincón murmurando entre ellas. Las conozco muy bien como para saber que se están consolando entre sí por el compromiso sorpresa de su adorado.

Así me encuentro a mí misma ser entretenida por el “interesantísimo” señor Shannon...

—Me contaron que en Londres cada invierno los condes de Highbury organizan un enorme baile por el cumpleaños de sus dos hijos y que solamente los exponentes de la nobleza más selecta son invitados.

—Es cierto, condesa, de hecho el año pasado yo...

—¿Me equivoco o estabas en casa con la influenza, Shannon? —A Daniel parece divertirse burlarse de él.

—No, el año pasado, a diferencia de los presentes, yo estaba allí. Conocí a muchísimas personas interesantes. Como al señor y la señora Shelley, al señor Thomson, el barón de Salisbury y el nieto, el duque de Warwick, y...

—¿Disculpe?

—¿...?

—¿Ha dicho el duque de Warwick? —Kate, como siempre, no puede evitarlo.

—Sí, ¿por qué? —Parecía sorprendido e incluso un poco preocupado por la curiosidad que aquel nombre causa en todo el mundo.

—Sabe, el duque de Warwick tiene su casa de campo al lado, justo detrás de aquella colina, y nunca se deja ver por ahí. Dicen que es un hombre muy reservado... —Explico, intentando no cambiar el tema sobre lo que sí parece ser el interés general.

—Oh, quizá me expliqué mal. Yo me refería al joven duque, al señor Mark Spencer, ¡no a su padre! —precisó.

—Por supuesto... —Por alguna razón las miradas de todos los presentes irónicamente se concentran en mí, obligándome a responder con una sonrisa molesta.

Frente a aquella graciosa escena, Kate inmediatamente se toma la molestia de aclararle la situación a los recién llegados.

—Se dice que el hijo a menudo también pasa algunas semanas en Monkfort, la hacienda de la que hablamos, pero, si bien hace años que se dice esto, nadie en Bakerville no lo ha visto nunca. —Otro vistazo sarcástico disparado en mi dirección—, además de Anne, obviamente. —Y aquí un estallido de risa general, como para dejar estupefactos a todos los recién llegados.

—De nuevo con esta historia, Kate, el hecho de que no se muestre por las calles de Bakerville...

—Ni en una fiesta, en un baile, en un banquete donde puntualmente se entregan invitaciones para Monkfort...

—Así es, en ninguna reunión... —¿Pero por qué siempre termina así?— ¡No quiere decir que no puedas conocerlo!

—Por supuesto que no, es normal que de vez en cuando se presente en tu casa para charlar y beber el té —dice, y el tono con el que me tranquiliza es muy claro.

—Muy bien, entiendo, olvídenlo. Yo nunca lo he visto, ¡exactamente como todos ustedes! —resoplo, cruzando los brazos en mi pecho y poniendo una mala cara que debe parecer particularmente ridícula dada la risa general resultante.

Pasó casi una hora entre una conversación y la otra y comienzo a sentirme un poco cansada, así que me alejo del centro del salón y me acomodo sobre el sofá verde frente a la gran silla de piel oscura que normalmente es el asiento de mi tío: el sólido y gruñón señor Price. La observo sonriente. Lo he visto esconderse entre los pliegues suaves de la piel muchas veces mientras tenía problemas fingiendo leer un periódico por sus grandes hombros... Era gracioso ver sus sutiles movimientos mientras fingía no escuchar nuestras charlas modelo. Y era aún más gracioso cuando, siendo incapaz de contener su ira, tiraba el periódico y se quedaba petrificado viéndonos observarlo con miradas divertidas y estallar de risa salvajemente antes de salir corriendo tan rápido como el viento.

Sigo perdida en aquellos recuerdos cuando veo a un hombre sentarse en esa misma silla. Lo observo con sorpresa, logrando esconder de algún modo la molestia que me ha causado esa intrusión. Por otra parte, él no puede saberlo, así que sonrío con educación e inicio una conversación.

—Entonces, dígame, señor Shannon, ¿le gusta Bakerville?

—¡Es fabulosa! Me encanta el campo de esta zona. ¡Hay paisajes admirables y haciendas espléndidas!

—No exagere o creeré que realmente no piensa eso.

—Oh, no diga eso, condesa. Yo siempre soy sincero y digo solamente lo que pienso.

—Bueno, eso es importante, no hay muchos caballeros en Inglaterra que pueden decir lo mismo.

—Tal desconfianza es tal vez un síntoma de que habla por experiencia. —Se me acerca, tal vez en espera de alguna confesión que obviamente nunca le haré. ¿No creerá en serio que le cuento mis asuntos a un completo extraño?

—Sólo lo digo por decir. Ahora hábleme de Londres. Nosotros los campesinos siempre estamos a la espera de las magníficas historias de la capital. —Intento cambiar el tema.

—Oh, Londres, ¡Londres es magnífica! ¡Y los bailes, las fiestas, los banquetes! ¡Es algo increíble de ver! Un día tal vez podría verlo también. —Yo realmente...—. Hay personas muy divertidas y damas extremadamente fascinantes, si quiere puede presentarle a la crema y nata de la nobleza de Londres. —Tal vez no entiende quién soy—. No tenga dudas de que si fuera conmigo se le abrirían todas las puertas. —Sí, es evidente que no ha entendido nada.

—Basta, gracias per su gentileza pero no creo necesitar ninguna presentación, ni mucho menos ayuda para ser introducida en la sociedad londinense. Ya hice mi entrada en la sociedad en Londres hace algunos años pero mi familia y yo preferimos la vida tranquila de Hartford Park en lugar de la gran ciudad. Ya nos saciamos bastante de historias como las suyas. —Me mira sorprendido, tal vez no se ha dado cuenta de la ironía de mis palabras, así que intento cambiar el tema de nuevo.

—Hábleme del duque de Warwick, tengo curiosidad.

—Bueno, qué puedo decir, el duque de Warwick...

—¡Si están hablando del duque yo también quiero escuchar! —Hecha una furia, Kate corre a mi lado, seguida de cerca por Susy. Y mientras observaban al caballero ansiosamente esperando detalles, yo le agradezco al cielo por su intromisión.

—El duque es realmente un chico de clase... —Quiere decir que se viste como un dandi...

—Es reservado. —Lo que significa que no lo ha dignado con una mirada.

—¿Y es encantador?

—Es bien parecido. —Sonrío.

—¿Es alto?

—Más o menos como yo. —Le lleva un palmo como mínimo.

—¿Su cabello?

—Castaño claro, ondulado. —De oro y despeinado.

—¿Sus ojos?

—Oscuros. —Color avellana.

—¿Su sonrisa?

—Es formal. —Es fingida.

—¡Vaya, realmente me gustaría conocerlo!

—En general es un chico educado pero nada especial. —Como quería probar, ni siquiera se le acercó, ni le dirigió la palabra.

—Eso quiere decir que la próxima vez que lo encuentre le hablará muy bien de las espléndidas señoritas que viven en Bakerville, que se vuelven locas por conocerle y se sentirá mal por no haberlo hecho antes. —Me gustaría ver esa escena.

-Tutearse-

—Condesa, hay una visita para usted.

—¿Para mí? ¿Quién puede ser a esta hora? —No logro cerrar a tiempo el libro que tengo entre las manos para recibir al rostro sonriente de la última persona que hubiera querido ver esta mañana.

—¡Buenos días, señor Shannon! ¿Qué le trae por acá? Hace mucho que no nos vemos... —murmuro la última parte de la frase mientras me acomodo sobre el sofá azul en el centro del salón estival de Hartford.

—Buenos días a usted, Anne. Puedo llamarla Anne, ¿no? —Se sienta a mi lado y un escalofrío me recorre por toda la columna vertebral.

—Por supuesto... —balbuceo poco convencida, alejándome algunos centímetros.

—Después de todo ya nos hicimos amigos, ¿no es así?

—Así es... —Me alejo todavía más pero él no se da por vencido.

—Me preguntaba, ya que ahora entramos en confianza, se puedo hacerle una pregunta.

—Pregúnteme. —Ya me arrepiento de haberlo dicho...

—¿Por qué una señorita tan encantadora como usted aún no se ha casado?

—Ehm... En realidad... —¿Qué cosa le digo?!— No tengo intenciones por el momento de dejar a mis padres...

—Oh, pero estoy seguro de que podría manejarse muy bien sin ellos.

—Quizá sí... pero... —Ya casi llego al final del sofá.

—Creo que estarían muy felices de verla, ups, de verte. —Sonríe seguro de sí mismo—, casada con un caballero de buena familia.

—Mi padre sólo quiere verme feliz. —Siento los bordes finales de los cojines y él se da cuenta.

Cuando veo que su mano se acerca peligrosamente a la mía, me entra el pánico y me levanto de golpe.

—¡Oh, pero qué maleducada! ¡Se me ha olvidado ofrecerle algo! ¡¡¡Mary, Mary!!! —La observo venir corriendo—. Mary, ¿puedes traer algo para nuestro invitado? —La observo suplicante, esperando que me ofrezca una escapatoria pero ella sólo me responde con una sonrisa y haciendo un gesto hacia la entrada con las puertas de par en par que se dirige hacia el porche. Sigo su mirada, no recordaba haberla abierto, pero no logro entender su sugerencia. Lamentablemente, no puedo exigirle explicaciones porque Shannon ya se encuentra a mis espaldas y, tomándome de la mano, me está llevando hacia la esquina del salón donde el aparador ya está servido con una tetera y dulces, balbuceando algo sobre la “perfecta anfitriona”.

—Ciertamente yo no entro en esa categoría. —Me alejo de nuevo pero parece que él aún no se da por vencido.

—No estoy de acuerdo con eso, es muy solemne y reservada. —¿Solemne?

—Tal vez me sobreestima, señor Shannon. —Me muevo de nuevo pero siento la pared en mi espalda. Ya no me queda escapatoria...

—Trátame de tú.

¡¡¡BOOM!!!

Un pesado tomo cae al suelo desde el otro lado de la sala, dándome la oportunidad de escabullirme por detrás y respirar un poco de aire de nuevo.

—¡Oh, pero sí es tarde! En Mansfield son intransigentes con la hora del almuerzo, será mejor que corra, no querrá hacer esperar a sus anfitriones. ¡Me siento culpable por haberle entretenido tanto tiempo! Dígale a Daniel que fue mi culpa y que apenas pueda me disculparé con él. —Más que hacerme perdonar, haré que mi querido primo pague por esto...

No le doy tiempo de decir una palabra porque lo empujo fuera de la puerta y la cierro entre sonrisas, excusas y despedidas por encima de sus hombros, permitiéndome finalmente un liberador suspiro de alivio.

Me acerco a grandes pasos al sofá y me dejo caer agotada.

—¿Qué demonios hacía aquí ese idiota?

Una voz familiar proviene del otro lado de la silla de mi padre.

—Si con “ese idiota” te refieres a Albert Shannon, nieto de Lord Shannon, es uno de los invitados de Mansfield.

—¡Qué honor! —La fuente de la voz finalmente se digna a mostrarse. Sus pelos dorados resaltan sobre la piel bronceada y sus brillantes ojos color avellana inmediatamente

—Y, en aras de la precisión, sólo es el último de los nietos de Lord Shannon, y no sólo por su edad —señala.

—Eso no lo dijo él. —Me levanto para ir a tomar la bandeja y colocarla sobre la mesa delante de nosotros.

—No me extraña. Si no fuera por el apellido que ha heredado, ¿no sabría de qué otra cosa hablar!

—Al parecer él es uno de los solteros más codiciados del país... —Me acomodo en mi puesto, ofreciéndole el plato con las galletas sobrantes de Mary.

—¡Por favor! —Toma una galleta y se deja caer sobre el sofá a mi lado antes de continuar—. Siempre puedes casarte tú con él, parecía interesado...

Él sonríe irónicamente, tragándose el dulce de un solo bocado.

—¡Qué desgracia, pero yo no seré su esposa! —resoplo irritada, usando mi expresión habitual enfurruñada.

—Menos mal que no voy al baile, no soportaría un minuto de su compañía.

—Si es por eso que no vas, tú no soportas un minuto de la compañía de nadie.

—Especialmente de la suya, ¡es muy aburrido! En el baile de los Shelley hice de todo para fingir que no lo veía y que no estaba obligado a conocerlo para que no se me presentara de frente dirigiéndome la palabra como si fuéramos amigos. —Me río a carcajadas imaginando la escena y olvidando el falso

enfado de hace poco.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me marché, obviamente. ¿Acaso me ves asintiendo educadamente por sus monólogos? Es un engreído, ¿quién se cree que es?

—Debo darte la razón —respondo automáticamente.

—¿Qué dijiste? —Sonríe socarronamente.

—Que debo darte... nada. —Intento torpemente retractarme de mis últimas palabras. Sé cómo terminará esto... Él es muy competitivo y yo también lo soy.

—Lo dijiste, lo dijiste y es inútil que lo niegues, ¡te escuché! —Lo veo observarme triunfal y hacer gestos como un niño. Recibo la derrota resoplando e intento cambiar de tema.

—Ey, un momento, ¿tú qué haces aquí? ¿No deberías estar en Londres?

—Regresé por algunos días. Sabes cómo es, el viejo quiere verme cada cierto tiempo...

—No llares “el viejo” a tu padre, no es muy agradable.

—Mientras “el viejo” no me escuche... —Sonríe con astucia y toma otra galleta.

—Pobre duque, ¿qué pudo haber hecho para merecer a un hijo así? —exclamo con ironía sirviéndole una taza de té.

—Entonces, ¿vas a decirme qué haces aquí? —insisto.

—Negocios. —No puedo evitar reírme por el tono serio con el que él es capaz de mentir.

—Vamos, confiesa: hiciste algo y quieres perderte de vista.

—Bueno, digamos que... —balbucea en sus excusas así que continuó molestándolo.

—Entiendo, te metiste en tu enésimo problema en Londres y ahora necesitas cambiar de ambiente por un tiempo.

—¡Ey! ¿Por quién me tomas? —intenta defenderse.

—Sé que tengo la razón —concluyo, cerrando el discurso y ocultando mi sonrisa detrás de la taza de té decorada que estoy acercando a mis labios.

Ahora es él quien quiere cambiar de tema.

—Por cierto, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—¿...?

—Compré un nuevo arco, ¿te gustaría probarlo?

Lo observo por algunos segundos.

—¿Así de aburrido estás?

—Un poco... —confiesa.

—De acuerdo, al menos tengo una excusa para evitar ver a tu amigo.

—No es mi amigo.

—Me parecía que sí...

En el parque de Monkfort algunas horas después.

—De vez en cuando podrías ir a algunas fiestas de aquí. ¡Siempre te invitan y tú nunca te dejas ver!

—La gente de aquí es muy aburrida. No me apetece pasar una tarde haciendo reverencias, apretando manos y escapando de señoritas asfixiantes y petulantes. Ya que me siento obligado a quedarme aquí, al menos puedo disfrutar de un poco de tranquilidad.

—¿Y qué pasa conmigo? ¡Al menos podrías dejarte ver una vez! ¡La gente ya piensa que me imagino cosas! O peor, ¡una mentirosa!

—¿Y yo qué culpa tengo? Tú fuiste quien les dijiste que me conoces, pudiste no haberlo hecho...

—No lo hice para presumir.

—¿Ah no?

—No. Y seguramente no pensaba que te comportarías así. ¿Estás seguro de que no lo haces a propósito?

—¿Yo? —Sonríe.

—No importa.

Es mi último tiro así que me concentro.

—Le di en el centro, si fallas este tiro yo gano.

Él se acerca con su expresión arrogante habitual, sube el arco y apunta lentamente.

—Ah, no te he agradecido por tu intervención de esta mañana.

—¿...? —Me observa.

Sonríe mirándolo directo a los ojos sin decir una palabra.

Resopla y vuelve a concentrarse en el blanco. Apunta, suelta la cuerda y la flecha vuela lejos... muy lejos.

—Gané —presumo.

—¡No cuenta, me distrajiste!

—¿Yo? —Respondo, imitando su tono de hace poco e incrementando su irritación.

—Quiero la revancha.

—¡Olvídalo!

-La salida-

Maldita sea, Mark ha desaparecido por días, quién sabe qué pasó con él.

De acuerdo, esto es algo normal en él pero aun así no es agradable de su parte desaparecerse así, dejándome a merced de este... —Sí, señor Shannon, le estoy escuchando... —Yo pienso que lo hizo a propósito...

—Ya sabes, querida Anne,... —Desde hace algunos días que no soporto escuchar mi propio nombre—, que mi abuelo, Lord Shannon, el verano pasado inició grandes trabajos de renovación en la propiedad de mi familia en Derbyshire...

—Oh... interesante... —Ya no puedo soportarlo más.

¡Maldito sea también Daniel y todos los malditos amigos que tengo! Mírenlos allá adelante charlar como si no pasara nada, dejándome a merced de este... ¡ya no puedo siquiera pensar en una palabra!

Y finalmente, ¡maldita sea yo y mi gran idea de hacer un divertidísimo picnic! ¡Qué gran idea, Anne, así al menos al aire libre tendrás más espacio para escapar, más aire para respirar, ninguna pared contra la cual chocar! ¡Qué gran idea! Pero qué pena que no haya puertas que cerrarle en la cara, ni un hogar cerca al cual regresar. ¡AAHH! ¡Me estoy volviendo loca!

Ahogo un grito en el fondo de la garganta asintiendo “solemne” a alguna conclusión evidente y aburrida suya.

A veces noto que Daniel dirige su mirada hacia nosotros y sonrío, disfrutando de mis implorantes y tal vez sumamente divertidos intentos de pedir ayuda.

Lo he intentado todo. ¡No hay manera de liberarme!

Falta poco para llegar al claro que elegimos como destino para nuestro paseo y quiero solucionar esto antes de tenerlo cerca también durante el picnic.

Miro a mi alrededor desesperada cuando veo pasar a Joe, que probablemente

llegó tarde por esperar a Susy.

A diferencia de Kate, brinca alegre por el sendero como si fuera una cabra montés, Susy no está para nada hecha para las excursiones y se apoya destruida sobre el brazo de Joe, como si la hubieran forzado a correr un maratón completo sobre una sola pierna. Una idea me cruza por la mente en un instante, con un brinco dejo atrás a mi acompañante y enredo el brazo libre de Joe con el mío. Me mira sorprendido y yo finjo, entrecerrando los ojos, una fatiga sobrehumana y me seco el sudor de la frente dramáticamente. Apenas tiene el tiempo justo para sonreír, antes de estallar en una risa exagerada, cuando ve al “querido señor Shannon” engancharse a mi otro brazo, asegurándome que así estaré menos cansada. Por alguna razón, en este momento tengo más ganas de gritar...

Por suerte ya llegamos. Pero, evidentemente, todos mis intentos de alejarlo de mí fueron en vano. Así que me lo encuentro felizmente sentado a mi lado sobre la manta.

No obstante, durante el almuerzo intento mantenerlo en silencio fingiendo estar interesada en la conversación del grupo entero.

Las conversaciones son de las más ordinarias pero pese a ello, prefiero oír sobre las aventuras más fascinantes jamás contadas después del mediodía que oír a Shannon enumerar las propiedades de su familia y, ahora que pienso en ello, investigar sobre las propiedades de la mía...

No me importa, ahora tengo a Martin que está describiendo a su nueva prometida. Martin Rushwell es otro viejo amigo, un buen muchacho, es un poco ingenioso a mi parecer pero es simpático y de muy buen comportamiento. Él es el segundo hijo de los señores Rushwell, una familia de la nobleza baja-media de Bakerville. No hubiera tenido derecho a nada más que una escasa renta si su hermano mayor, Steve, no hubiera decidido abandonar a la familia para escaparse a París con una bailarina de reputación dudosa. Así, de repente, se encontraba con una herencia, un título y... una prometida. Parece que la doncella se enamoró perdidamente de él pocos días después de haberlo encontrado, justo cuando iba a Bath para anunciarle a sus padres, que estaban allí por las curas, que Steve no tenía intención alguna de

regresar y que, en vez de dejar a Juliet (así se llamaba), renunciaba a todo. El compromiso entre Martin y Sophie se anunció en un instante y nuestro amigo había sentado cabeza casi sin darse cuenta. Sin embargo, escucharlo hablar de su nueva “mitad” era un gran privilegio: tiene dos espléndidos ojos azules, una cascada de pelos rubios como el oro y dos capullos de rosa por labios. Era un ángel doméstico, una inspiración en el piano y un rruiseñor al cantar. Adoraba pintar, bordar y ocuparse de la casa. Era gentil, generosa y muuuuy reservada, un modelo a seguir para cada doncella respetable...

¡Puedo imaginarlo, la estrella de la señorita Mayer!

Pero lamentablemente pronto, demasiado pronto, aunque esté más que convencida de la extraordinaria personalidad de la “querida Sophie”, las palabras de Martin terminan y vuelvo a caer en el abismo creado por la voz de mi engorroso vecino.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando alguno de mis vecinos propone una larga caminata por los alrededores. Parece que hay un montón de frutas del bosque que podemos recoger. Encantada por la posibilidad de los fabulosos dulces que la cocina de Hartford hornearía con una cesta de moras, fresas y arándanos frescos, pero aún más por la oportunidad de escapar que me ofrecen en vajilla de plata, de un salto me pongo de pie y en pocos segundos estoy corriendo hacia los arbustos más lejanos.

Al final, desgraciadamente, la técnica de escape no resulta tan eficaz como esperaba. No obstante, la posibilidad de deambular sin rumbo entre un grupo y el otro hablando de esto y aquello me permite hacer un descubrimiento muy interesante. Shannon le tiene un extraño miedo al señor McGragor, y el único modo de mantenerlo alejado parece ser estar pegada al “gigante de los ojos de hielo”, como lo llama Susy.

Entonces, sin necesidad de que me lo pidan dos veces, paso el resto de la tarde con él. No entiendo como los otros pueden decir que es maleducado, prácticamente ha hecho de todo para que no me fatigue. Me trata como si fuera una muñeca de porcelana: me lleva la cesta que se desborda de frutas, me ayuda en los senderos más difíciles, aparta las zarzas por donde me resulta difícil pasar y me cede las frutas más maduras que recoge de los

ramos más altos donde yo no llego. Y aun así, me deja la libertad de andar por donde quiero, ayudándome cuando no puedo sin impedirme hacer lo que siento que son acciones casi impropias o riesgosas para una “señorita de bien”, como ha terminado de describir el inevitable señor Shannon, indicando como modelo a seguir a su encantadora hermana menor, y ganándose no sólo mi indiferencia total, sino también una mala mirada de parte del señor McGragor. No sé cómo hizo para alejarse tanto en tan pocos segundos después de eso...

Se me escapa una sonrisa y Frederick me sigue de cerca, generando una mirada sorprendida en Fanny y una sonrisa concedora en mi primo que está junto a ella.

La tarde a este nuevo ritmo pasa de prisa y el paseo en el campo resulta ser lo que es: ¡una gran idea! El aire libre dilata los pulmones, le hace bien a la piel y sube los ánimos, ¡como siempre decía mi abuelo! Y como siempre, tenía razón.

Alrededor de todo el grupo parece crearse una extraña atmósfera; como si no estuviéramos más en Bakerville, sino en una dimensión paralela, en un pequeño Edén sólo para nosotros en el que podemos ser libres, jóvenes y sin preocupaciones, al menos por algunas horas.

También el señor McGragor parece verse afectado por el clima general y se muestra más hablador de lo que jamás había estado. Él me cuenta sobre su tierra y sobre los paisajes inmensos y grandiosos que sólo las Highlands guardan celosas para revelarlos sólo a quienes tienen la audacia de llegar allá arriba. Él me cuenta de los misteriosos fantasmas que pueblan los muchos castillos dispersos en los campos, de los monstruos y de las leyendas que vuelven su tierra única y fascinante. Desearía verla un día...

El descenso es mucho más rápido que la subida y no sólo por la pendiente y por la fatiga, las pequeñas bromas de Joe y Daniel suben los ánimos y la diversión de todo el grupo, e incluso la risa de los escoceses puede oírse al pie de la colina. También Shannon parece más simpático y quizá también un poco menos aburrido. Fanny parece haber perdido, al menos por algunos minutos, aquel aire de superioridad que la rodea e incluso Kate y Susy

parecen haber perdonado al gruñón “gigante de los ojos de hielo” y a Daniel “el traidor”.

Todo es tan perfecto que cuando noto una extraña pizca de melancolía mezclada con ira en la mirada con que McGrigor observa de reojo a la señorita Williamson, no le presto importancia como si fuera sólo un descuido.

-Alma gemela-

No lo puedo creer, finalmente ha llegado la noche del gran baile en Mansfield y me llegó una gran noticia: ¡Shannon se vio obligado a dejar nuestra “grata e incomparable compañía” por un tiempo debido a un “asunto urgente”!

¡No puedo creerlo!

¡Finalmente una noche libre!

Santos cielos, era tan insistente que casi me sentía casada con él...

Sacudo la cabeza para eliminar aquel horrendo pensamiento y me dispongo a subir al carruaje que me llevará al “País de las Hadas”, como dice mi madre.

De hecho, parece que los bailes en Mansfield eran legendarios hace años, en la época de la tía Sarah donde la hacienda se transformaba en un auténtico reino encantado. “Ya verás...” Me había dicho mi madre mientras cerraba la puerta de la casa. Y ahora, mientras el coche avanzaba por la última curva, “lo estaba viendo”:

“... la larguísima calle arbolada que lleva a la casa de campo de los Price estaba iluminado por innumerables antorchas que le daban a los invitados la impresión de atravesar el umbral del mundo real para aventurarse en el mundo de los cuentos de hadas. La majestuosa fila de cipreses en el paso de los carruajes parecía el guardia de honor de los guardianes gigantes del castillo de la reina de las hadas. Y era así que Mansfield se presentaba a los ojos de los invitados tan pronto como los últimos dos grandes guerreros se alejaban, dejando libre la vista a toda la fachada. Numerosas antorchas perfumadas la iluminaban, mostrando las preciosas cortinas y los arreglos de flores que adornaban la entrada y las grandes vidrieras de los salones laterales. Las fuentes frente a la imponente terraza estaban todas encendidas y sonaba la música de una pequeña orquesta para darle la bienvenida a los invitados.”

Era un sueño, en realidad era el sueño que mi madre me había descrito miles de veces cuando era pequeña, una niña que creía en los cuentos de hadas y en el príncipe azul, un príncipe que tal vez llegaría sobre su caballo blanco justo esa noche.

Tomo la mano que James me ofrece para bajar del carruaje. Estoy tan impresionada por el espectáculo que me rodea que siento que tengo vértigo. James, mientras tanto, me sonrío complacido.

—Se parece mucho a ella, condesa. —Me volteo a observar el rostro arrugado y familiar de nuestro querido y viejo mayordomo. Él estaba durante la época de oro de Mansfield y probablemente visto en mí la misma expresión que se pintaba en el rostro de mi madre al menos hace veinte años —. Era la doncella más bella que jamás había cruzado aquella puerta, la única que había cambiado al intratable hijo del pobre conde, que el Señor lo tenga en su gloria. —Sonrío por su encubierta insinuación. Sé que James adora a mi padre como si fuera su propio hijo, pero también estoy informada de la pésima fama que tenía de joven. Debió haber sido todo un personaje problemático, no que haya cambiado mucho después de todo...

Tras dar unos pocos pasos, veo a Daniel correr hacia mí. Encantador como siempre, o más que siempre, saluda radiante a todos sus invitados que progresivamente están comenzando a entrar. Cuando está a pocos pasos de mí se detiene de repente y me observa sacudiendo la cabeza. —Primita, esta noche es para anunciar mi compromiso, no te robes la atención. —Me tomo algunos segundos para procesar la broma de Daniel, cuando se trata de él nunca sé cuál es la línea entre un cumplido y una broma. Sin embargo, esta vez parece ser sincero mientras me observa satisfecho.

Entonces no me queda más que sonrojarme y murmurar un “gracias” un poco avergonzada. Sinceramente nunca pensé que entraría en este vestido que mi tía me mandó a confeccionar directamente en París con su costurera. Los Price se tratan bien entre ellos y mi tía siempre me ha dado regalos espléndidos.

Para mi último cumpleaños me consiguió este fabuloso vestido: una cascada

de ligera seda celeste con incrustaciones de decoraciones en un satén un poco más oscuro. La cintura es bastante alta, como impone la última moda, y escote en “v”. Las mangas cortas me recuerdan a aquellas de la Roma clásica, igual que la amplia falda que apenas roza el suelo. El escote está acompañado por una cadena de mi madre que termina en un minúsculo pendiente con un zafiro. Por otra parte, mi pelo está recogido en un peinado no muy complicado “de los míos” (como lo han llamado mi madre y Daniel), pero en resumidas cuentas, es algo maravilloso: deja libre el cuello y los rizos solitarios que se me escaparon parecen estar allí a propósito.

Debo haber superado su examinación porque al final lo veo tomarme del brazo y darse la vuelta para acompañarme hacia el salón ya abarrotado con paso solemne, como si estuviera acompañando a una princesa, y es así como me siento esta noche, una princesa en su reino encantado.

Apenas cruzamos el umbral sentimos por algunos segundos todas las miradas en nosotros. El amplio salón está abarrotado, todo el mundo está aquí: Vicky me saluda agitando su mano cubierta por un guante, siempre pegada al brazo de su recién nombrado capitán; Joe está un poco más allá charlando con Martin y con una señorita que no conozco; el señor McGragor está en una esquina bebiendo ponche y escuchando con aire indiferente a un grupo de caballeros que discuten animadamente justo frente a él. Susy y Kate, por otro lado, ya están decididas a dejarse cortejar por un montón de nuevos admiradores uniformados, probablemente los famosos compañeros de armas de William. No pasan sino pocos segundos que estoy aquí hasta que prácticamente me atropella la homenajeadá, seguida por una agotada señorita Williamson.

—A ver, Daniel, ¿se puede saber dónde has estado?

—Bueno... yo... bueno... —Mi querido primo balbuceando es todo un espectáculo que vale la pena ver por el codazo que me llevé.

Junto a mí Eleanor, la señorita Williamson, me observa avergonzada por el comportamiento de su amiga, pero yo la tranquilizo con una sonrisa divertida. Me da mucha ternura esta chica, es el tipo de chica tímida y reservada, ¡quién

sabe qué tendrá en común con el tornado que se encontró Daniel! Pero deben tener algo de qué hablar ya que son tan amigas. Fanny, mientras tanto, me da otro empujón para asegurarse el puesto de honor junto al amo de la casa.

Quizá todos lo ven de esa manera porque nadie más puede soportar a la “querida Fanny”...

No sé cuánto tiempo ha pasado desde el inicio del baile, solamente sé que ya me siento muy cansada. Realmente hay muchísimas personas y a muchos ni siquiera los conozco; parece que fueran amigos de Daniel que vinieron para la ocasión directamente desde Londres. ¡Sin contar a todos los oficiales que ha traído William! Kate y Susy ya no saben hacia donde observar y, sinceramente, tampoco yo. Creo que no me he perdido ni un solo baile. Sé que baile con Joe y por no poder acercarme a Daniel o a Martin porque están pegados a sus prometidas (me confirmaron que la misteriosa señorita es justamente la infame Sophie), ni con el señor McGragor, que no se ha movido de su esquina por toda la noche. Aparte de eso, ha sido un poco borroso, no recuerdo ni un solo nombre. Ni siquiera me sé el nombre de este tipo que tengo frente a mí y que me cuenta sobre... no sé qué. Y con un pequeño momento de distracción, veo una escapatoria. Ésta es una técnica que he perfeccionado en los últimos días. En un instante, estoy en la terraza finalmente disfrutando de la paz y el silencio. Me estoy divirtiendo muchísimo pero una pausa nunca está de más.

La luna brilla orgullosa esta noche y las estrellas parecen estar pintadas. Los jardines de Mansfield abandonados por todos por todos los invitados que están encerrados en el salón se mantienen iluminados por las antorchas y animados por las magníficas fuentes. Camino con calma por los senderos bien conocidos que, ahora bajo una luz mágica, parecen misteriosos y encantados. No lleva mucho tiempo llegar a la gran fuente en el centro del jardín. El agua sale desde tan alto que cuando era niña pensaba que tocaba el cielo y que durante el invierno se podría transformar en nieve. Creo que he estado aquí algunos minutos cuando el ruido de pasos en la grava del camino me advierte de la presencia de otra persona. Me doy vuelta esperando encontrar la sonrisa familiar de Daniel, pero en vez me quedo petrificada por

la sorpresa.

Un joven desconocido me está observando con la misma expresión que tal vez está pintada en mi rostro: ojos bien abiertos, la boca abierta con una frase atrapada entre los labios.

Él es bastante alto y robusto, con las piernas largas y bien plantadas en la tierra, las manos escondidas en sus bolsillos. Tiene el pelo negro que le cae rebelde a cada lado del rostro y los ojos negros y profundos que ahora están pegados a los míos.

—No pensaba que habría nadie aquí, lo siento... Me iré ahora mismo. —A pesar de tantos balbuceos, su voz profunda retumba en mis huesos y...

—¡NO! ¡Espere! No se preocupe...

Él me sonrío, un poco más relajado, y yo siento que el corazón me salta en la garganta como si hubiera regresado a tener quince años, cuando me basta sólo una mirada de William para ser feliz por todo el día.

—Qué maleducado, ni siquiera me he presentado: Edward Wordsworth, capitán de la Marina de Su Majestad

Me doy cuenta ahora de que lleva puesto su uniforme.

—Encantada... Yo soy Anne... —balbuceo, mientras él sigue observándome con un expresión extraña, casi parece estar entretenido por mi torpeza—. Anne Hamilton... —Él sonrío—, la condesa de Hastings —concluyo, y me parece discernir como una sombra atraviesa su mirada.

—He oído hablar mucho de usted, condesa —afirma—. Hace días que la señorita Ferguson no hace sino alabar sus elogios.

Vicky, debí haberlo imaginado... Se ha embarcado en una misión para conseguirme un marido a toda costa que me vendería en una subasta si pudiera. Sin embargo, a diferencia de Fanny, que sólo quiere librarse de mí, Vicky realmente sólo quiere mi felicidad y, sinceramente, ahora mismo creo que le debo un favor...

—¿Entonces usted es uno de los famosos compañeros de armas del señor Taylor?

—Es así.

—¿Y usted estuvo con él en India?

Él asiente con la cabeza sin acercarse ni un paso.

—¿Entonces tiene muchas historias que contar?

—La guerra no es una magnífica aventura... —Parece ponerse serio y, cuando baja la mirada e inclina la cabeza, algunos mechones de pelo le caen en la frente hasta cubrir parte de sus ojos. No sé cómo, pero me encuentro junto a él con una de sus grandes manos en las mías.

—¡Apostaría a que ha visto tantas otras cosas maravillosas en estos años con las que nosotros no podemos ni soñar! —Él alza la cabeza sorprendido y me mira directamente a los ojos, parece sorprendido de que sean azules—. Lugares fabulosos, paisajes inimaginables, animales raros y gente extraña, construcciones de orígenes desconocidos y poblaciones de sabiduría antigua. Habrá escuchado historias increíbles y leyendas misteriosas, habrá cruzado el mar y sido testigo de su inmensidad. No sabe cuánto daría por poder vivir todas estas experiencias, o por lo menos escucharlas... —Él me sonrío, contagiado por mi entusiasmo.

—Bueno, si quiere puedo contarle algunas cosas, pero no soy un gran orador... —Se rasca la nuca avergonzado—. Pero puedo hacer mi mejor esfuerzo.

—¡No puedo esperar! —concluyo satisfecha.

Y así inició mi viaje a través de mares extensos, bosques inexplorados, idiomas desconocidos y poblaciones extravagantes. Los jardines de Mansfield se pueblan mano a mano de animales fantásticos y palacios antiguos. Las esquinas más oscuras se convierten en escondites de monstruos y bestias feroces, de voces y música; los idiomas difíciles de interpretar en gestos y de las personas, que son cada vez más numerosas, nos rodean mientras regresamos al salón lleno, No dejamos de hablar ni siquiera mientras bailamos, robando la escena ya sea a los dos homenajeados o a la pobre Sophie. Pero no nos importa nada ni nadie. Esta noche ni siquiera estamos en Inglaterra, ¡y mucho menos en un baile!

Pero pronto nos arrastra de nuevo a la realidad una voz familiar.

—Veo que al final se encontraron por su cuenta. —Vicky salta a nuestro encuentro arrastrando a un William un poco reacio.

Cambiamos una mirada de sorpresa mientras ella continúa.

—Capitán Wordsworth, ¿ha visto que todo lo que he contado de mi amiga Anne era cierto?

—Sólo puedo darle la razón, señorita Ferguson.

Ella sonrío entusiasta mientras me ve sonrojarme como una niña.

—Entonces, Anne, ¿qué puedes decirme de nuestro amigo?

—Que no puedo evitar estar feliz y orgullosa de ser inglesa si nuestra marina es servida por oficiales tan elegantes.

Todos nos reímos a carcajadas debido a mis intentos torpes de parecer indiferente.

En un momentos estamos rodeados por la “multitud”: Martin y Sophie, Joe, Susy, Kate y el puñado de jóvenes desconocidos que arrastraron consigo. Las conversaciones y los comentarios se pierden en la confusión general hasta que siento que alguien me toma de la mano y me arrastra a la fuerza hacia el centro del salón.

Apenas alzo la mirada para observar a “mi secuestrador”, siento que me ahogo en dos pozos de petróleo. Edward está sólo a pocos centímetros de mí y me está observando bastante avergonzada.

—Lo siento, condesa, pero no soy realmente bueno para el baile, pero menos lo soy para las charlas mundanas... —Mientras se rasca la nuca con la mano derecha, su mano izquierda no ha soltado la mía. ¿Cómo evitar reírme frente a un héroe de guerra que tiembla frente a un grupo de, como lo llamaría alguien que conozco, “chicas petulantes y rufianes de primera”?

La música inicia y yo me pierdo observando a mi caballero: es muy alto, sus hombros son enormes, casi como los del señor McGrigor; sus manos grandes me aprietan con delicadeza y sus ojos negros y profundos se esconden tímidos tras su pelo rebelde. Sus labios carnosos están doblados en una pequeña sonrisa mientras se concentra torpemente en contar los pasos e

intenta no aplastarme los pies. Es muy torpe y tonto, y es una ternura observarlo de cerca. Sin embargo, la cicatriz que diviso al fondo de su mejilla derecha me recuerda inmediatamente que no estoy bailando con un ingenuo chico de provincia, sino con un hombre que en los últimos años ha atravesado un infierno y ha regresado sano y salvo.

No me toma mucho darme cuenta de su semejanza con William. Son muy similares, en la forma de ser, en las expresiones, en la actitud. Pero en Edward todo es un poco más... No sé cómo explicarlo, sólo un poco más... Como si el destino me hubiera llevado a William sólo porque él era la prueba general para encontrar al indicado, sólo el borrador de mi verdadera alma gemela.

Es tan extraño, tan perfecto, tan irreal que no puede ser verdad...

Pero yo no me resisto a la ilusión de que finalmente haya llegado también por mí mi príncipe azul. La decepción que me causó daño hace tanto tiempo encerró mi corazón en una prisión de hielo que parece derretirse con cada giro del baile, como no había pasado en años. Ya estaba perdiendo la esperanza de que aún fuera posible amar de nuevo, y en vez, ahí está, mi alma gemela...

Mientras tanto en la terraza, lejos de ojos indiscretos, otros dos jóvenes están ocupados discutiendo.

—No tienes que hacerlo, no fue tu decisión, te lo ordenaron, siempre puedes retractarte.

—No puedo hacerlo, ya me comprometí, y además es una buena persona, dulce y gentil.

—Pero tú estás enamorado de...

—No lo digas. Observa lo feliz que está esta noche. Esto es suficiente. Yo hice un compromiso y lo mantendré.

—A mi parecer eres muy duro contigo mismo. Yo me arriesgaría.

—No, y la conversación ya terminó de una vez por todas.

-Ser felices-

No creo haber sido tan feliz como los días que siguieron el famoso baile de Mansfield. El tiempo corría velozmente como no lo había hecho antes. Cada día parecía más bello y divertido que el anterior. También Bakerville parecía más interesante y menos monótona. Cada palabra era música, cada escenario era un cuadro, cada persona era feliz, o al menos así me parecía...

A pesar de la partida repentina del señor McGrigor, que al parecer se debe a asuntos familiares, y la prolongada ausencia de Shannon, el grupo, ahora con la adición de los oficiales del batallón de William, no ha perdido el entusiasmo de los primeros días.

Hemos pasado las últimas semanas entre paseos en carreta, caminatas en el campo, picnics y noches de charlas o de escuchar música. Susy siempre ha tenido una voz espléndida, pero Eleanor también resultó ser una maravillosa ejecutante.

A menudo todos somos invitados a Mansfield a cenar o también simplemente para pasar la tarde. Fanny ya se comporta como si fuera la señora pero aun así está comenzando a caerme bien incluso ella.

¿Será que quizá me trata mucho mejor después de la llegada del capitán Wordsworth?

Edward es una persona fantástica, estos días hemos sido prácticamente inseparables. Seguramente la señorita Mayer no estaría de acuerdo, pero no puede hacer nada.

He decidido que es el momento de escuchar de una vez por todas a mi corazón y dejar de permanecer en el pasado. ¡Quiero arriesgarme en este paseo!

Hoy hemos optado por un paseo en carreta hasta el lago cerca de Coventry. Yo hubiera preferido cabalgar pero las otras señoritas eligieron la carreta.

Es extraño, antes hubiera protestado pero ahora sólo suspiré y me adapté, ganándome una mirada de sorpresa de parte de Daniel y Joe y una sonrisa espléndida de parte del capitán Wordsworth.

Creo que me sonrojé...

El paisaje desde la cima del sendero que nos lleva a la orilla del lago es encantador. Los árboles y los arbustos que lo rodean están en pleno florecimiento y nuestro reflejo sobre el agua casi inmóvil dobla su magnificencia. En la pequeña isla del centro, casi oculto por las hojas de los majestuosos sauces, se vislumbra un pequeño templo, desde hace tiempo ya debe ser el refugio secreto de patos y cisnes.

Los recién llegados se quedaron sin palabras y yo también. Es como sí, en este último período, me hubiera convertido en alguien más sensible también lo que al principio consideraba cotidiano y que daba por contado.

De repente voy cuesta abajo por el sendero riendo como una niña, y seguida de cerca por todos los demás.

Estoy observando las olas romperse contra las rocas de la orilla intentando buscarle el sentido cuando escucho su voz a mis espaldas.

—Sabe, una vez William me habló de usted. De hecho, más de una vez. —Creo que dejé de respirar—. Cuando estábamos en un hospital después de Agra, a menudo nos contaba de su casa, más bien deliraba, pero algunas veces eran charlas más o menos sensatas, aunque la mayoría de las veces creo que estaba inconsciente o medicado. —No me parece muy halagador cuando un joven habla de ti sólo si está drogado o si es presa del delirio...

—Hablaba de una chica que lo estaba esperando en casa.

—Seguramente hablaba de Vicky. —Respiro aliviada.

—Yo también lo pensaba al inicio. —¿Al inicio?— Hablaba de alguien que

nunca hubiera perdido la fe en él, alguien que lo hubiera esperado hasta el final. —Mi corazón da un salto en mi pecho—. Alguien a quien le había hecho una promesa.

Me cuesta hablar pero no puedo quedarme con esta duda. —Hablaba de Vicky. Le había prometido que regresaría con ella.

—Una promesa que nunca habría podido mantener. —Me mira directamente a los ojos.

—Tal vez temía no poder regresar.

—Tal vez. Sin embargo, hablaba de ella con un sentimiento, con una mirada que no es la misma con la que ve a Vicky.

—Lo admitió él mismo, justo ayer en la casa de Daniel, que los sentimientos y las emociones cuando estás cercano a la muerte son muy diferentes a los de las situaciones normales.

—Sí, así es. Es cierto pero quedé bastante sorprendido cuando, tras conocer a la señorita Ferguson, noté que no tenía “aquellos espléndidos ojos azules” por los cuales William lamentaba no ser más merecedor de ver.

Me observa con seriedad, está tan cerca que mi corazón está por explotar, mi mente está por abandonarme, mis rodillas están por ceder...

Él murmura algo que no logro comprender porque siento el corazón retumbarme en las orejas y porque él se volteó y se está alejando, dejándome a merced de mis emociones y permitiendo que mis piernas cedan. Así caigo a la tierra, sentándome en la hierba húmeda.

Ya casi es hora de regresar y con paso lento avanzamos hacia las carretas.

Escucho las risas claras de Fanny y Vicky algunos metros más adelante. Yo me quedé un poco atrás del grupo pero no soy la última. Aún sigo pensando en las palabras de Edward cuando de repente siento una mano en la espalda.

En un instante me encuentro junto a mis dos “ángeles de la guarda”, como aman llamarse desde pequeñas. Kate y Susy, una a mi derecha y la otra a mi izquierda, me sonríen cómplices.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —Me hago la tonta sin poder evitar sonrojarme.

—¿Cómo que qué? ¡Vamos, confiesa! Queremos todos los detalles. ¿Qué hay entre tú y el encantador capitán?

—Nada... —No logro evitar contagiarme de su risa.

—Claro, como no...

—Pero ¿te gusta?

—Bueno... es que... es simpático y...

—¡Muy apuesto!

—Ciertamente... —De repente nos reímos a carcajadas en voz alta como si fuéramos unas niñas.

—¡Ya era hora, Anne! Ya habíamos perdido la esperanza de que dejaras el pasado en el pasado... —Susy me observa con una sonrisa comprensiva y luego continúa—: Aunque en el fondo me siento mal por el pobre Joe...

La observo con curiosidad mientras me hace señas con la cabeza hacia el grupo que tenemos delante, en el que Joe camina junto a Eleanor y Sophie. Ciertamente no tiene su espíritu habitual ni su sonrisa burlona estampada en el rostro. Es imposible, debe ser sólo una impresión suya...

—No obstante —continúa Kate—, me siento contenta por como lo está tomando William.

¿A dónde quiere llegar con esto?

—¡Así es, lo tiene bien merecido! —confirma la rubia.

—¡¡¡Así aprende a no dejar escapar a nuestra espléndida Anne!!! —Ella me rodea la espalda con un brazo acercándose mientras que la otra muestra su afecto despeinando mi pelo sin darme tiempo para protestar.

—¡¡¡Así es, lo tiene bien merecido!!! —exclamo después de que pasan algunos minutos caminando en silencio desencadenando de nuevo la sorpresa en los ojos de mis dos ángeles y el estallido resultante de tres risotadas ensordecedoras.

En la noche nos invitan a todos de nuevo a Mansfield. Me siento ansiosa y

entusiasmada por pasar más tiempo en compañía del nuevo grupo de amigos, especialmente de uno en particular.

No sé cuánto tiempo paso frente al tocador intentando arreglar un rizo rebelde cuando llaman a la puerta de mi habitación; es Mary con una nota para mí.

Es de Edward, no lo puedo creer.

Me tiemblan las manos mientras la abro lentamente.

Me toma sólo unos pocos segundos leerla porque son sólo unas pocas líneas, pero dicen mucho.

-Ser infelices-

—¡No lo puedo creer! —Al vestíbulo de Hartford Park lo invade pronto el fresco aire de la mañana aún húmedo por la lluvia de anoche.

—¡Anne! Anne, ¿dónde estás? —La cálida voz de Daniel resuena en toda la casa.

—Estoy aquí, ya deja de gritar. —Me asomo a regañadientes a la puerta de la sala este, el más privado, que solamente usamos nosotros. Es el más pequeño y menos luminoso, el más cálido y familiar, donde por costumbre están prohibidos los “extraños”.

—Escuché lo que sucedió.

—¿De qué estás hablando? —Sé muy bien de lo que está hablando, pero no quiero darle importancia. Sin embargo mi cara no debe verse muy bien y creo que se puede ver a leguas que anoche no pude pegar un ojo. Será mejor que deje de mentir y lo arregle. Me pongo en marcha con paso seguro hacia la sala grande, llamando a Mary para que nos traiga un poco de té y al llegar me acomodo en mi sitio habitual junto a la gran chimenea apagada. Aunque Daniel es de la familia, no quiero recibirlo en la otra habitación. Aquí todo es más formal y, escondida tras la fría armadura de la buena educación de “señorita decente”, las palabras no son importantes y el mundo parece una gran farsa, falso y alejado de la vida real. Es más fácil sonreír y afrontar cada cosa con indiferencia. Pero Daniel lo sabe y creo que tiene intenciones de hacerme las cosas más fáciles...

—Se va esta noche, ¿no?

—¿De quién estamos hablando?

Él suspira pero sabe que no cederé fácilmente. —Del capitán Wordsworth.

—Eso escuché.

—¿Vino a despedirse? —dice con un tono extraño.

—¿Debería haberlo hecho? —No quiero ceder, no puedo...

—¡Claro que debería haberlo hecho! —Se está inquietando.

—No veo por qué, después de todo fue llamado de urgencia, no podía pasar a despedirse de todos sus nuevos conocidos de esta semana. —Detente, detente, no quiero...

—Tú no eras sólo una simple “nueva conocida”...

—Claro que lo era, de lo contrario jamás se habría ido así. —Dejando sólo dos líneas sobre una simple y anónima nota—. Debiste haberlo interpretado mal...

—No creo haber sido el único. —No, no lo fuiste...

—Entonces dime, ¿a qué se debe esta visita tan temprana?

—Quería ver cómo estabas.

—Bien.

—¿Estás segura? —Es evidente que no me cree.

—Sí. Ahora debes volver con Fanny, podría preocuparse si pasas mucho tiempo conmigo... —Sonrío para aligerar un poco la conversación.

—No digas eso, es sólo una impresión tuya, Fanny no te odia en absoluto. —El responde a mi sonrisa con una suya—. Tal vez sólo un poco...

—¿Ves que tengo la razón y que debes apresurarte a volver con ella?

—¡Oh, no me va a abandonar por esto! —Se ríe ruidosamente y luego se detiene tan pronto como ve mi expresión.

—Anne... —No puedo hablar...

—Anne, ¿cómo estás? —Se sienta a mi lado y yo siento el deseo repentino de levantarme para comprobar si las rosas en el jardín han comenzado a florecer.

—Bien —digo por enésima vez, sólo después de algunos segundos, sin voltearme.

—¡Deja de ser tan terca, Anne!

—Dije que estoy bien, muy bien. Ahora puedes dejar de preocuparte y volver

a casa.

—Anne...

—¡BASTA, DANIEL, ESTOY BIEN, DÉJAME EN PAZ! —Lo sabía...

Me observa con una expresión extrañamente severa.

Me falta el aliento y las manos me tiemblan.

—No es cierto. —Me observa como si me leyera la mente pero no logro contenerme, la vista se me nubla por las lágrimas y todo lo que logro distinguir es su figura acercándose. Siento su voz acurrucarme y sus brazos apretarse a mi alrededor.

—Daniel... yo... creía... que esta vez... yo creía que... —Las lágrimas bajan sin control por mi rostro como un río.

—Es un idiota, no vale la pena. —Me acaricia la cabeza como si fuera una niña.

—Pero... yo, Daniel... y si yo fuera...

Me aleja de sí de repente y, sosteniéndome firmemente por la espalda, me observa directamente a los ojos.

—Ni siquiera pienses que es tu culpa, ¿entiendes? ¡Él es el idiota! Y fue bueno que haya terminado así. No te merecía en absoluto, no era digno ni de besarte los zapatos, ¿lo has entendido? —Asiento con la cabeza y respiro profundo—. ¡Prométemelo, pequeña, promete que no pensarás más que es culpa tuya! ¡Prométemelo! —Parece realmente preocupado, así que yo continúo asintiendo para tranquilizarlo.

Hasta que lo veo sonreír. —Siempre eres la misma niña. —Me toma el rostro entre sus manos e intenta secarme las lágrimas con sus pulgares—. Aunque intentes mostrarte fuerte y segura de ti misma, eres frágil como una muñeca de cristal. Además, tienes el mal hábito de enamorarte de hombres muy cobardes como para merecerte.

Lo miro perpleja y él sigue sonriendo.

—¿No creerás que es muy fácil cortejarte o sí? —Entiendo cada vez menos a dónde quiere llegar—. No tiene que ver solamente con tu familia, tu posición, tu dinero, tiene que ver contigo y lo que te rodea.

—¿...?

—Eres mucho más inteligente y educada que lo normal que la media de las doncellas de tu edad, y seguramente no eres el tipo de dejarse manejar dócilmente por cualquier esposo. Eres un espíritu libre y no todos los hombres se sienten en condiciones de tener una mujer que sea mucho más que una linda muñeca.

Estoy a punto de objetar que entonces es definitivamente mi culpa pero él se me adelanta.

—Con esto, quiero ser claro, no quiero decir que sea tu culpa, sólo que no hay muchos hombres dignos de una persona fantástica como tú. —Ahora está siendo un adulator, pero hoy no me molesta—. Además, hay una discreta serie de exámenes y de examinadores que deben ser superados antes de poder llegar a ti y no todos tienen el coraje de afrontarlos. —Él vuelve a sonreír ante mi mirada escéptica. Tu padre, tu madre, YO y toda tu montón de admiradores más o menos intransigentes...

Estoy a punto de reírme a carcajadas pero lo miro con aire de reproche.

—¡No pongas esa cara, es la verdad! —resoplo fingiendo estar harta—. Lamentablemente, debes resignarte, no son muchos los hombres que tienen los papeles y el coraje para afrontar todo esto. Y seguramente no los tiene ese debilucho. Lo siento, pero te verás obligada a esperar un poco por el príncipe azul. —Me sonrío con dulzura—. Pero te puedo asegurar que cuando llegue será perfecto. Es sólo cuestión de tiempo.

—Oh, aquí es dónde has estado, debí haberlo sabido...

Como un río, Fanny se precipita por la habitación seguida de cerca por una Eleanor avergonzada y de una Mary definitivamente molesta. —Buenos días, querida prima, hemos venido a ver cómo estabas, ya sabes, después de la partida repentina del capitán Wordsworth... —Sin esperar alguna señal mía, mi futura “querida prima” ya se acomodó en el sofá central, haciendo gestos para que me acerque a ella.

¿Cómo no obedecer una petición tan cortés?

No terminamos de acomodarnos cuando Mary entra de nuevo en la

habitación anunciando a un nuevo invitado.

—El señor Stuart.

—¡Caramba, cuánta gente! —Daniel sonrío, lanzándome una mirada cómplice.

Joe avanza indeciso observando mi compañía con una mirada extrañamente avergonzada.

—Bienvenido. —Sonrío, haciéndole gestos para que se siente.

Después de algunos minutos de charlas inútiles, no veo la hora de que me dejen en paz todos, pero no ha terminado, Fanny tiene otra sorpresa para mí.

—Oh, casi lo olvidaba. ¡¡¡Queríamos aprovechar la ocasión para anunciar el compromiso de nuestra querida Eleanor!!! ¡Queríamos que fueras la primera en saberlo aquí en Bakerville! ¡Estoy muy emocionada, díselo Eleanor! —No sé por qué todo me parece sospechoso en el tono de voz de Fanny, tal vez es su rubor excesivo en las mejillas de la señorita Williamson o en la mirada de reproche que Daniel reserva para su dulce prometida. El señor McGrigor fue estos días a Londres para oficializarlo todo—. Mi mirada sorprendida debe ser sumamente graciosa dado que Fanny suelta una risotada alegre antes de continuar—. Oh, ¿quieres decir que ni siquiera te habías dado cuenta de que Eleanor y Frederick estaban comprometidos?

No, no me había dado cuenta.

No sé si pueda mover la cabeza para negar. Tal vez es la sorpresa que me bloquea o tal vez es algo más, algo que se asemeja a una gran roca que de la nada me ha caído directamente en la espalda.

Daniel parece estar particularmente molesto por el tono con el que declara que se ha hecho muy tarde. —Es hora de irnos. ¡Vamos, muévete Fanny! Señorita Williamson... —Se levanta de golpe, se despide con pocas palabras y se dirige hacia la puerta casi arrastrando a la pobre Fanny. Eleanor los sigue rápidamente mirándome como si sintiera una tremenda culpa frente a mí. La tranquilizo con una de mis sonrisas más sincera al no lograr pronunciar una palabra.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que se fueron pero una voz familiar me trae de vuelta a la realidad.

—Anne, ¿qué pasa? ¿Te has olvidado de mí?

—¡Joe!

—Así es... Joe... —Tiene una mirada extraña, casi melancólica.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me ves así? No me digas que tú también estás preocupado por mí. —Intento relajar el ambiente.

—Bueno... —Sonríe—. Claro que estoy preocupado por ti. Como siempre, como cada día desde que nos conocemos, prácticamente desde que nacimos.

¿A dónde quiere llegar con esto?

—Siempre he estado a tu lado, cuando suspirabas por William, cuando llorabas por él, cuando te sentías destruida al escuchar noticias del frente, cuando dijiste haberlo superado... Pensé que entonces podía llegar mi turno, pero luego apareció ese chico bonito y no tuviste ojos para más nadie que él. Ahora él también se fue y ¿tú qué haces? Te quedas en blanco con sólo escuchar el nombre de ese escocés engraido, ¡de un simple conocido! Y yo que siempre he estado junto a ti, ¿qué valor tengo? Anne, ¿puedo saber de una vez por todas qué soy para ti?

No tengo palabras...

—Yo... tú... bueno... verás... nosotros... somos amigos... —Lo veo estremecerse—. Tú... para mí... eres como... más que un simple amigo... —Se voltea a mirarme en los ojos. Sé lo que quiere que diga, pero ya basta, ya no quiero sufrir ni hacer sufrir a los demás, pero debo ser sincera. No puedo mentirle, no a él—: Tú para mí eres como un... hermano. —Él baja la mirada. Aprieto mi puño escondido entre los pliegues de mi vestido. Debo ser fuerte.

—Eso pensaba. —Se pone de pie lentamente. No puedo verlo a los ojos.

—Lo siento —murmuro.

—Lo sé. Sin embargo no puedo quedarme aquí y verte así. Mi tío está en París, me quedaré con él por un tiempo. Le hará bien a mi carrera. Adiós. Me iré mañana.

—Eh... Yo... Buen viaje. —No me escuchó, ya está más allá del umbral y yo me dejo caer sin fuerzas sobre el sofá.

Estoy totalmente vacía.

Edward se fue, Frederick se fue, Joe se fue... y yo estoy aquí, sola y... vacía.

Está bien, no importa, he salido de cosas peores. Puedo levantarme esta vez también. Puedo hacerlo sola, el tiempo cura todas las heridas, ¿no? ¡Sí, el tiempo, eso es! Sólo necesito un poco de tiempo...

-Instinto de fuga-

—¿Sabes qué tengo ganas de hacer? —Lo observo con el presentimiento de que no le interesa, pero igualmente continúo—: Quiero ver el mar.

Ahora me observa totalmente estupefacto.

—Lo sé, es una idea tonta... —Apoyo la cabeza en el bordado que llevo meses intentando terminar, dejando que Mark siga jugando con los perros de mi padre.

—No está tan lejos, si quieres podemos ir a caballo, llegaríamos en un par de horas.

Alzo mi mirada sorprendida y lo observo mirarme seriamente.

Estoy sin palabras. Él sabe bien que no puedo hacerlo. ¿Qué dirían mis padres? ¿Qué pensaría la gente? Me está tomando el pelo, lo sé. Aun cuando...

—Vayan.

Me volteo sorprendida y miro la figura de mi padre en la puerta del patio.

—¿Papá?

—Él tiene razón, no está tan lejos. Yo siempre iba de joven. Un paseo al mar te hará bien, estoy seguro.

—Sí, pero...

—Sabes bien cuál es mi opinión sobre “qué pensará la gente”. Confío en ti y en tu juicio, eso es suficiente.

—¿Y mamá?

—De eso me preocupo yo, tú ve a divertirte. Sólo prométeme que cuando regreses ya no tendrás ese rostro triste, ¿de acuerdo? Sabes que todo lo que

quiero es ver a mi niña feliz.

—Yo... bueno... ¡Gracias! —Mientras le salto al cuello a mi papá para agradecerle y para demostrarle que sé lo afortunada que soy de tener a un padre como él, escucho el relinchar de Thunder a mis espaldas.

Parece que Mark ya había dado por contado el éxito de esta conversación porque me está observando impaciente mientras sostiene a los caballos por las riendas.

Poco después estamos galopando con el viento en el rostro por la avenida arbolada que conduce fuera de la hacienda de Hartford Park. La vía a la derecha nos llevaría hacia Bakerville mientras que la vía a la izquierda nos lleva hacia Mansfield, Monkfort y el mar.

Decidida, pasó al semental oscuro de Mark y me desvíó con Thunder hacia la izquierda, golpeándolo ligeramente a los lados con mis talones. Alargo un poco las riendas para dejarlo ser libre de galopar a más no poder hacia nuestro destino, hacia el mar, hacia la libertad...

Creo que nunca he galopado así de rápido, es una sensación magnífica, indescriptible... Las lágrimas se me salen de los ojos sin poder detenerlas pero aun así no puedo dejar de reír.

El camino es todo de nosotros. Mark se quedó atrás unos diez metros pero no tardará en alcanzarnos. Nunca se dejaría perder en una carrera, o en cualquier competencia, es muy orgulloso, Y si pierde contra una mujer... Bueno...

De hecho, ya está aquí. Me sonrío triunfante y yo comienzo a reír como una niña. Probablemente creerá que estoy loca, pero no creo que realmente me importe.

Le sonrío determinada y lo miro con confianza. —¡Espero que no creas que me vas a vencer! —le grito, golpeando de nuevo los lados de Thunder y aumentando aún más la velocidad, dejándolo detrás. El hecho de que su orgullo no le permita ser vencido por una mujer no quiere decir que no pueda ocurrir, ¿cierto?

A este ritmo llegamos al mar en mucho menos de dos horas.

Yo llego primero y me bajo del caballo para tocar la playa, y me sigue de cerca el duque que, lanzándose al vuelo a la tierra y comienza a correr hacia el mar, metiendo el brazo y gritando que fue el primero en llegar al mar.

Obviamente, ésta es la mecha que desencadena la clásica e interminable discusión entre nosotros que concluye sólo cuando nos dejamos caer en la arena exhaustos para recobrar el aliento.

—Eres muy testarudo.

—Mira quién habla.

—Gané yo.

—Olvídalo.

El tiempo no es el mejor pero no llueve y no hace frío. En general, para estar en Inglaterra, no podemos quejarnos. Almorzamos en una taberna junto a la playa, la comida no era nada especial pero el calor y la simpatía con la que los dueños nos acogieron lo hizo todo mucho más agradable.

Ahora estamos aquí, paseando sobre el largo muelle que, al abandonar la tierra firme, se aventura hacia el mar abierto. Ahora estoy en la punta. Sola, lejos de todos y de todo, para observar la inmensidad del océano. Es extraño, no sé qué es, tal vez la simple vista, el sonido rítmico de las olas que se rompen en las rocas, el olor a aire salado o simplemente la sensación del viento en la piel, pero ya comienzo a sentirme mejor. Como si todos mis malos pensamientos fueran llevados arrastrados por las ráfagas impetuosas, como si las olas me acariciaran ligeramente y confortablemente como las manos de un verdadero amigo, un amigo que siempre estará, que nunca se irá...

Como si la inmensidad que se extiende frente a mis ojos quisiera decirme que no sucedió nada, que todo es insignificante, que el mundo es grande, que el mundo está lleno de hombres como William, Edward, Joe, Frederick que me esperan sólo a mí. Una sensación de libertad se apodera de mí cada minuto, lo pulmones se me llenan, mi mente se aclara y mis labios se curvan en una sonrisa confiada que había desaparecido por muchos días. Observo el mar

con una mirada serena, como si observara a un querido y viejo amigo que te sonrío de vuelta, regalándote un sentido de tranquilidad y seguridad jamás probado, un abrazo sincero y la promesa de la felicidad.

—Sí, quiero creerte, ya llegará. Estoy segura de eso, en el día adecuado llegará y será especial, como tú. Gracias —le murmuro al viento mi respuesta, para que la lleve lejos y la susurre directamente en el oído del océano, acompañada de un beso soplado.

Luego de hacer mi promesa, me volteo para regresar con una confianza renovada y con paso decisivo a mi pequeño mundo.

Veo a Mark a la distancia coqueteando con alguna damisela del lugar, no puedo evitar sacudir la cabeza.

—Nunca cambiarás... —Sonrío. Eso quiere decir que puede permitirme estar un poco de tiempo aquí y disfrutar de este sol.

—¿Qué te parece?

Me sobresalto por la sorpresa. Me encontraba tan perdida respirando el aire fresco y saboreando con los ojos cerrados como los rayos del sol me acariciaban las mejillas que no me di cuenta de la presencia de Mark a mis espaldas. Intentando hacer que mis ojos se ajusten a la luz, miro a mi alrededor: ya no hay más nadie en el muelle, estamos prácticamente solos en el medio del mar y aun así sigo sintiéndome cómoda, tranquila y segura. Sin embargo, sé que el mundo allá afuera no lo entendería, así que comienzo a ponerme en marcha hacia los caballos para regresar al campo y a casa.

—¿Ya es hora de irnos? —pregunto sin dejar de caminar.

—Así es.

—Vi que hiciste una amistad... —Sonrío traviesa.

—Una chica del lugar, ¿estás celosa?

—No, sólo quería saber...

—¿Si le he dicho quiénes somos?

—Así es. —¿Soy tan predecible?

—¿Realmente te causa tanto miedo lo que podría pensar la gente?

—Tal vez no, es sólo que...

—“Para una señorita de buena familia la reputación es muy importante”.

—Suenas como mi madre...

—Yo también tengo una madre, ¿o acaso lo olvidaste?

Sonrío.

—¿Y tú no te preocupas de tu reputación?

—Disculpa, ¿cuál reputación?

—De hecho, eso empeora aún más mi situación...

—Yo también lo creo.

—¡Ey! ¡Pensé que me estabas tranquilizando!

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—Para nada.

Abro bien los ojos por la sorpresa. Cuando se pone así me gustaría haber nacido hombre para poder golpearlo. Lamentablemente, nací mujer y no puedo hacer otra cosa sino limitarme a resoplar y acelerar el paso, dejándolo atrás. Al menos hasta que siento su mano en mi espalda y escucho su voz divertida.

—Tranquila, no le dije ni una palabra.

Por alguna razón ya lo sabía.

El sol casi se ha puesto cuando cruzamos las puertas de Hartford Park.

Aún no me he bajado del caballo cuando James se me acerca atento para ayudarme y para ocuparse de Thunder. Mark, por el contrario, no parece tener intenciones de desmontar.

Lo observo sonriendo, me gustaría que se quedara para la cena pero sé que no aceptaría, así que evito pedírselo. Sin embargo, no quiero que se vaya sin que

al menos le haya agradecido. Pero cuando me acerco, él se me adelanta.

—Hicimos bien en hacer este paseo.

—¿...?

—No sé qué te ocurrió pero no me gustaba verte así. —Creo que me estoy sonrojando—. No eras para nada divertida... —No, no me estoy sonrojando—. Me alegro que se te haya pasado, eres mucho más guapa cuando sonríes. —Sí, me estoy sonrojando, definitivamente me estoy sonrojando.

Él estalla de la risa y en un instante ya no está, sólo escucho el ruido de los cascos galopar por la avenida y la voz ansiosa de mi madre que me llama desde el umbral a mis espaldas.

—Maldito sea él...

-Ser fuertes-

Pasaron unas semanas desde el viaje al mar y la vida continúa más o menos como siempre. Fanny ya actúa como la dueña de Mansfield, Kate redescubrió su antiguo amor por el hijo de los Baker, quien acababa de volver de Oxford, mientras que Susy parece haberse “enganchado” uno de los amigos oficiales de William, el teniente Boyle. Albert regresó y Mark va y viene como siempre. Esta mañana llegó una carta de Joe, dice que ya se estableció en París: se unió a una escuela de leyes allá en Sorbona, mientras trabaja con su tío en la embajada. Oh, casi me olvido de contarles la última noticia: hace diez días Martin y Sophie se casaron. Fue una ceremonia muy linda, un poco excesiva para mi gusto, pero creo que se adapta perfectamente a la nueva señora Rushwell. Tendrán tiempo para conocerla pero, según cuentan todos, la “querida Sophie” no ha sido precisamente el ángel que nos han descrito. Sólo por decir una cosa: ¿adivinen de quién se ha convertido la mejor amiga? Así es, de la “dulce Fanny”. Digamos que se han “encontrado”.

Y hoy, justo en este día, han pensado venir a verme junto a la señorita Williamson.

Han estado hablando por un buen rato, aunque no sé de qué específicamente, supongo que me perdí después de “vinimos a hacerte un poco de compañía, sabes, lamentamos verte siempre sola”. Qué gentileza, ¿no lo creen?

Ahora mismo creo que están nombrando a sus incontables tareas ya que son prácticamente mujeres casadas.

—Qué simple era la vida cuando éramos libres como el viento, como usted.

—Libre, claro... No del todo pero de todos modos ya iban a la puerta.

Sí, es cierto que la paciencia es la virtud del fuerte, ¡pero yo no les soporto más! Son más de dos semanas que recibo el tormento con este cuento de solterona, ¿quienes creen que son?

—Condesa, tiene visitas. —La voz de Mary me impide arrojarle al menos una almohada a la señora Rushwell.

—Buenos días, señor. —Y ahí está su entrada. Daniel avanza curiosamente con paso menos decidido de lo habitual, seguido de Martin, Albert y del señor McGragor.

Ha vuelto.

Tan pronto como me encuentro con sus ojos grises la sangre se me congela en las venas y se me hace difícil respirar. Él también me observa con una mirada extraña, como arrepentido, culpable, seguramente triste. Cuando se acerca para besarme la mano parece como si retrasara el momento al dejarla ir y yo entro de repente en una inexplicable onda de ira y la retraigo nerviosa. Baja la mirada y ya me siento arrepentida.

Quiero hacer algo para compensarle pero Fanny me precede, arrastrando a la pobre Eleonor como a un saco de patatas hacia su prometido.

—A ver, Frederick, ¿no ves a tu prometida desde hace más de un mes y pierdes tiempo en bromas con los dueños de la casa? —Así es, bromas., sólo se trata de eso, por qué no ser directos.

Lo veo acercarse y besarle la mano con la fría cortesía de siempre, antes de sentarse a su lado en silencio.

Rápidamente, Daniel consigue el podio como siempre contando sus hazañas realizadas en la cacería de esa mañana y yo estoy libre por un rato para no oír la charla de esas dos. Hasta que...

—¡Oh, no me di cuenta! ¡Mira qué bonito cuadro en el que estamos!

Me volteo, intentando averiguar a qué cosa se está refiriendo el chirriante grito de la querida Sophie cuando Fanny sigue emocionada.

—¡Es cierto, cuatro jóvenes y bonitas parejas de enamorados! —¿Cuatro?

A mi lado un sonriente Shannon asiente satisfecho.

— Lo siento pero no hicieron más que recordarme que hasta ahora yo soy “libre como el viento”. —Con una pizca de sarcasmo en su voz.

—Oh, pero esto se puede arreglar pronto... —Siento a Shannon acercarse más de lo debido. Todo pasa en cuestión de segundos: Veo que Daniel intenta levantarse pero Fanny lo retiene, Frederick intenta hacer lo mismo pero una mirada furiosa mía lo clava en su asiento. Quizás con ese gesto instintivo perdí la única ocasión que tenía de quitarme las garras de Shannon, cuando una vez más la “providencia” viene en mi ayuda. El mismo gran volumen de la última vez se derrumba desastrosamente en el suelo por otro lado del salón. Como en una escena ya vivida aprovecharé la sorpresa general para levantarme y moverme hacia el armario para tomar, como si nada, una bandeja de dulces apoyada en la mesilla, para luego acercarme a la gran chimenea al reposabrazos del sillón de Daniel.

—¿Qué estábamos diciendo? —Sonrío nerviosamente.

Fanny resopla antes de continuar malhumorada: —Estábamos diciendo que en vista del pasado y la edad no me parece muy sabio rechazar la última proposición que probablemente le hagan. ¡Me gustaría saber qué está esperando! ¿Quizás a que el llamado Duque de Warwik se olvide de la buena vida en la capital para venir a recogerla y llevársela? Siempre que sepa de su existencia, obviamente... —Sonríe maliciosamente.

—¡FANNY!

—¡Daniel, lo hago por su propio bien, es parte de nuestra familia, alguien tiene que decirle este tipo de cosas! ¡Se dejó engañar por un capitán de aventuras como una niña pequeña, a pesar de su edad; ha rechazado incluso al señor Stuart! ¡Y ahora incluso se permite rechazar el cortejo de mi hermano! ¿Se puede saber qué cosa cree que puede obtener a estas alturas?

Nos quedamos más o menos todos sin habla por unos segundos, hasta que una voz bien conocida interrumpe el punto muerto.

—Alguien que la merece, al menos. —Frederick cierra el discurso sin trastabillar, recibiendo una grata sonrisa de parte de Daniel, y de mí.

El nuevo y embarazoso silencio disminuyó por la sala y se interrumpe poco después de la tintineante voz de Sophie.

—¡Oh, casi lo olvido, díselo Martin!

—Sí... sí... —Vacila el nuevo esposo, permitiéndole a ella continuar sin

trabas.

—Habíamos pensado en organizar un gran baile en nuestra casa este viernes, no los echaré de menos, ¿cierto?

Fanny aprovecha para tomar en mano la situación, como si todo siguiera normal, y todo continúa exactamente como antes.

Afortunadamente menos de una hora después se marcharon, y yo puedo arrojar un cojín contra la puerta apenas se cierra.

¡Estoy furiosa, por ponerlo sutilmente!

Quisiera... no sé, quisiera dar una vuelta, quisiera ver a Ma... ¿pero qué estoy diciendo? Quizás sea mejor salir a tomar un poco de aire.

Bueno, este paseo nos hacía falta, la ira no desapareció del todo, pero por lo menos un poco más lúcida.

Estoy recorriendo la avenida que conduce a la entrada principal de Hartford cuando me doy cuenta de un carruaje aparcado ante la gran fuente. Parece ser la de Monkfort... ¿pero desde cuándo Mark anda en carruaje?

¡Estoy a sólo unos metros del portón cuando lo veo abrirse y salir nada más y nada menos que el Duque en persona!

Siempre he estado tan acostumbrada a verlo hundirse en el silla de la biblioteca de Monkfort mientras fuma la pipa y lee el diario que observarlo fuera de su entorno me deja confundida.

—¡Buenos días, condesa!

—Bu... buenos días...

Me sonrío y me toma del brazo.

—Vamos, acompaña a este pobre viejo al carruaje. —Respondo a su sonrisa mientras caminamos.

—Entonces, pequeña, ¿cómo estás?

—Bien, señor duque.

—Me alegra escucharlo. Aquel hijo mío desenfrenado estaba bastante

agitado.

—¿...?

—¡Oh, no te preocupes, un poco de sano nerviosismo no puede sino hacerle bien! —Estalla de risa ante mi mirada de sorpresa.

—Vamos, ahora dame una gran sonrisa.

Obedezco, obviamente.

—Perfecto. A veces me veo obligado a admitir que ese villano tiene razón...

—¿...?

— Al menos tiene buen gusto. —Continúa murmurando para sí mientras sube al carruaje— Debe haber salido de su madre...

Sonrío, y yo digo que se llevó todo de él...

—¡Así que nos vemos pronto, condesa!

—¡Hasta luego!

Qué extraño hombre, quién sabe a qué habrá venido.

La noche pasa deprisa, no tengo ganas de salir absolutamente, ni mucho menos de ver a alguien, así que me encierro en la biblioteca a leer junto al fuego, observando a mi padre dormir sobre su silla preferida, mientras que mi madre intenta terminar su bordado de diez años.

Cuando le pregunté el motivo de la visita del duque fui liquidada con un mísero “Papá dijo que se trataba de una cuestión de negocios, parece que se deben realizar arreglos en uno de los puentes más allá del valle”. Y a mi objeción. “¿Y desde cuándo el duque se ha molestado para este tipo de cosas?” me respondieron con una simple encogida de hombros.

Vuelvo a hundirme en mi famosa batalla del Gránico que dejé demasiado tiempo en suspenso cuando, accidentalmente, mi mirada cae sobre la bolsa decorada apoyada contra el jarrón sobre la mesa.

¿Pero por qué siempre a mi capitán? Uf... no voy a ir.

-El baile -

—¡No, ni se me ocurriría entrar! ¡Yo me voy de aquí!

—¿Qué estás diciendo? ¿No estarás pensando en darte por vencida? ¡Y luego se llega a hasta aquí!

—No me interesa, no puedo hacerlo, es demasiado humillante...

—¡Ya no te reconozco, Anne! ¡Te están esperando todos!

—Cierto, para reírse de la señora mayor que no sólo no tiene esposo, sino que no logra ni siquiera encontrar un pedazo de caballero para un baile!

—¿Y yo qué?

—Tú eres mi primo. ¿Acaso soy tu querida y adorada novia que espera por ti?

—Sabes que si tu no entras yo tampoco.

—¡Eres tan obstinado!

—Será un vicio de familia...

—¡Entonces sabes que ahí dentro no vamos a poner un pie!

—Claro que lo harás. —Una voz detrás de nosotros me toma por sorpresa. El tono firme y vagamente insolente, sin embargo, no deja lugar a dudas.

—¿Y tú que haces aquí?

—Hay un baile, ¿no? —El usual sarcasmo, sin embargo, no puede esconder la expresión de molestia pintada en su rostro. —He sido invitado.

—¿Y con esto? Hace años que te invitan, más nunca te has dignado en presentarte.

—Siempre hay una primera vez. Deberías ir. Iremos enseguida. —Me

acuerdo sólo de Daniel que observaba toda la escena desconcertado.

—Oh... Te presento, Mark Spencer, al hijo del duque de Warwick, que a su vez es mi primo Daniel, Daniel Price.

— Un placer —La mirada del moro sigue estando bastante impactada, no solo por la presencia de Mark, sino por la efectiva prueba de su “existencia” y del hecho de que su prima no se imagina cosas ni es una mentirosa, o quizás simplemente por la familiaridad con la dejamos que nos trate.

— El placer es mío, ahora vaya adelante, yo me encargo de la condesa.

—¿Qué?

—Ve con Fanny, Daniel. Te he dicho que no te preocupes por mí.

Y aún indecisa, pero de alguna manera tampoco logra obedecer las órdenes de Mark.

Alejándose, me giro hacia el recién llegado.

—Y ahora, volviendo a lo que estábamos, ¿qué vienes a hacer aquí?

—Te he dicho que estoy aquí por el baile. Deja ya de llorar y vayamos.

—¡No, yo no entro! —insisto.

—¡Claro que vas a entrar! ¡Así tenga que cargarte!

—¡Te dije que no! ¡Ve tú si quieres, pero absolutamente no estoy de humor para hacer el ridículo delante de todas las personas!

—Ah, ¿es por eso? —No puede mentir, al menos no a mí, y me doy cuenta de que no es ni siquiera tan sorprendente como mi casi confesión.

—¿Qué cosa? —La imagen de un libro que cae oportunamente atraviesa mi mente.

—Nada. ¿Hay algo que decir? —Sonríe.

—No. —Resoplo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Entonces, ¿te decidiste a entrar o no? —Me entrega el brazo, aun sonriendo. ¡Maldito sea él! Me río... Y yo que tenía que haber estado furiosa.

Así que no puedo evitar al menos responder a su sonrisa, la primera sincera desde hace días hasta ahora, mientras acepto su oferta y nos ponemos en

marcha por la avenida.

—¿Pero no te he dicho siempre que todos son aburridos?

—Estás tú. Esta noche hablaré contigo.

—¿Y todas esas señoritas que querrán bailar con el duque?

—Esperarán, mientras el duque no quiera bailar con ellas.

—Claro, claro... —Sonrío divertida.

—Oye, sabes bien que esta noche voy a estar pegado a ti, así que no intentes hacer bromas, ¿vale?

—De acuerdo... —Se me escapa una nueva sonrisa ante su expresión de preocupación—. Y luego tendría que devolverle el favor.

—¡Faltaría más!

Estamos finalmente delante del portón. Ahora o nunca.

Estoy a punto de entrar por el cono de luz que sale del salón de baile cuando Mark me toma por el brazo y me susurra al oído palabras que nunca olvidaré.

—Recuerda que eres Anne Hamilton, única hija del decimonoveno conde de Hastings y espero que algún día incluso más. Pero aunque fueras solamente Anne, quiero que sepas que aquí adentro eres superior a cualquiera. No dejes que nadie, repito, nadie, te haga sentir inferior. ¿Comprendes?

No puedo mover ni un músculo, me siento como petrificada, no sé me dan las palabras y esos ojos de fuego puestos directamente en mí y empiezo a sentirme la niña de siete años que escucha los sermones de su abuelo. Pero esta vez es diferente: esta vez el sentido de las palabras resuena clara y transparente en mi cabeza. Sonrío segura de mí, segura como alguna vez lo fui. Levanto la barbilla, muevo casualmente mi cabello por encima del hombro y doy el primer paso hacia el salón, arrastrando a mi compañero conmigo.

Las luces más allá de la puerta me deslumbran y mientras el criado me

presenta aprovecho la ocasión para acostumbrar los ojos. Hay al menos un par de personas que no quieren perderse la conmoción.

De hecho, no me quedo decepcionada.

Mientras la voz termina de deletrear correctamente “Anne Hamilton, condesa de Hastings, y Mark Spencer, duque de Warwick”, la música se detiene y toda la sala se voltea hacia nosotros como si iban observar dos fantasmas.

La cara de Kate y Susy es cuanto menos increíble, pero definitivamente no tiene precio la de Sophie por no hablar de Fanny. Si pudieran saltarían sus ojos de sus órbitas de la sorpresa.

¡Te jodí, pequeña bruja entrometida!

Inconscientemente aprieto un poco más fuerte el brazo de mi caballero atrayendo su atención a mí sonrisa de triunfo; en que él reconoce inmediatamente un toque de malicia, estallando en carcajadas.

—¡Veo que aprendes rápido!

—¿Eh? —Me toma por sorpresa, arrastrándome abajo hacia los escalones que dan al centro del salón.

Llena por mi momento de gloria, creo que busca una esquina tranquila en la que pasar la velada charlando de esto y aquello, cuando veo que se desvía bruscamemente.

—¿A dónde vas?

—No me dirás que eres tan maleducada como para no presentarme a tus amigos, ¿cierto?

—Pero si siempre dijiste que más que mezclarte con toda esa chusma te pondrías a trabajar.

Se detiene de golpe y me mira con seriedad por unos segundos.

—Que esto no llegue NUNCA a oídos de mi padre, ¿bueno? —No me atrevo a mirarlo y, por enésima vez, me sorprende riéndome a carcajadas. ¿Pero cómo puede ser así?

Resopla y continúa arrastrándome por todo el salón como un saco de patatas.

En cuestión de segundos estamos frente a los señores de la casa.

—Sophie, Martin, les presento a Mark Spencer, el hijo del duque de Warwick. Mark, los dueños de la casa, el señor y la señora Rushwell. —La bruja abre los ojos al escucharme llamarlo por su nombre.

—Oh, y ella es Fanny Shannon, nieta de Lord Shannon. —Los labios de Mark se doblan en una curiosa sonrisa, indescifrable, mezcla de divertido y de satisfecho—. La prometida de mi primo Daniel —concluyo sin dejar sospechas. —Encantado, señora. —La besa en la mano con mucho respeto. Está tramando algo.

—Un pla... un placer... pero llámeme sólo Fanny, los amigos de Anne también son mis amigos. —Escúchenla no más...

—De acuerdo, Fanny. —Es sólo cuando la “querida prima” me lanza una mirada triunfante que entiendo que la pobre chica saltó con ambos pies en uno de sus más clásicos y malvados trucos. Por una parte me siento obligada a salvarla, pero por otro lado...

Lamentablemente, sin embargo, mientras me pierdo peleando con mi consciencia, la trampa ya está puesta.

Fanny crepita, mientras ella se mantiene pegada al brazo de mi caballero y lo presentaba a los demás invitados.

—Señores tengo el honor de presentarles a Mark Spencer, único hijo del conde de Warwick. Mark qué...

La mugrienta mirada que de repente la respalda la hace palidecer. Quizás sólo así entienda que cayó en su trampa, o quizás ni siquiera lo sabe... No obstante retrocede cabizbaja.

—Conde de Warwick, le presento a Lord y Lady Ross, el señor Taylor y el señor Carter.

—Honrado. Creo que mi padre me ha hablado de usted. —Un perfecto saludo, entre los más falsos de todo el mundo... Sin embargo no se le nota en absoluto haciendo daño.

Probablemente sentirá en su espalda mi mirada suspicaz porque pronto se dará la vuelta hacia mí molesto.

—¡Mira que sé cómo se comporta en la sociedad! ¡Nunca dije que no fui a un

baile! En Londres frecuenté con todas las personas que importan. ¡Aquí no me gusta mezclarme con la gente! —Me susurra molesto.

—¡Yo no he dicho ni una palabra! —Me defiende divertida.

—Cómo si no fuera a hacerlo... —Resopla.

—Estas son dos de mis amigas cercanas más viejas: la señorita Susan Grant y la señorita Katherine Laurence.

—Buenas noches, señor.

—Susan, Kate, finalmente... —La mirada de acusación que me reservo parece no golpear a Mark, ni siquiera un rasguño—. Tengo el honor de presentarles a Mark Spencer, duque de Warwick.

—Es un honor para nosotros conocerle. Anne ha hablado mucho de usted. — Me observa con una sonrisa descarada.

—Al menos mientras dejaron de creer en su existencia... —Resoplo como si hubiera caído en la trampa.

—¡Se ha hecho querer!

—Espero estar a la altura de sus compensaciones. —Adulador... — No es digno de un caballero defraudar las expectativas de dos damas tan llenas de gracia. —Siempre el mismo.

—Oh, pero seguramente estará capacitado. ¡Ya se entiende viéndola, que usted es un verdadero caballero! —¿Cómo es que no puedo parar de reírme? Quizás sea mejor que vaya a tomar un poco de aire fresco.

Estoy a punto de irme cuando lo siento detenerme. Me volteo y me cruzo con su mirada implorante.

—¿No me habías prometido un baile?

Me siento más tentada a declinar su “gentil invitación” por ver cómo se las arregla en manos de Susy y Kate, cuando me da un movimiento de consciencia y recuerdo el motivo por el que venimos. Así que sonrío y con toda la naturaleza de la que soy capaz me dejo conducir hacia el centro del salón.

Tomamos lugar en frente del otro y la música empieza. Hay muchas parejas en la pista pero sabemos que todos los ojos se dirigen hacia nosotros. Y no queremos decepcionarlos, ¿cierto? Tuvo el mismo pensamiento, porque lo veo contestar a mi sonrisa con complicidad.

La música termina pronto, quizás demasiado, y nos encontramos nuevamente rodeados de gente buscando una presentación oficial.

En poco tiempo conseguimos librarnos cuando las últimas dos personas a quienes les debo una presentación se acercan a nosotros.

—Mark, esta es mi amiga Victoria Ferguson y su prometido, el capitán William Taylor. Victoria, William, les presento a Mark Spencer, duque de Warwick. —Siento que me aprieta ligeramente la mano. Me volteo a verlo sorprendida, ¿cómo lo supo?

—Un honor.

—El honor es todo nuestro.

Se inclina hasta alcanzar mi oreja mientras que apoya con confianza su mano sobre mi espalda.

—Ve a bailar con tu primo, está buscando una dama y, si no me equivoco, le debes un baile. —Me guiña un ojo—. Estoy seguro de que estaré bien por unos minutos en compañía del capitán y la señorita Ferguson. —¿Qué estará tramando esta vez? No sé si tengo que confiar... Sin embargo ya llamó a Daniel y, como si se hubieran puesto de acuerdo, me veo pasar del brazo de uno al otro, sin siquiera tener tiempo de decir una palabra.

—Entonces, señor duque, ¿le gusta la fiesta?

—No está nada mal.

—Obviamente no se compara con los bailes de Londres.

—Bueno, solo tenemos más gente.

—¿Y por qué ha venido esta noche? Había pensado que no le gustaban los bailes.

—Había pensado en un buen motivo.

—¿...?

Sonríe frente a su expresión curiosa.

—Ya sabe cómo es, de vez en cuando cosas más importantes que toman mi atención...

Creo que su curiosidad incluso está creciendo.

—No habría creído poder decir cosas como esas... pero tal vez sea por cómo crecí.

—Le pasa a todos tarde o temprano.

—Mi padre siempre ha dicho que un día me daría cuenta de que también existen otras personas en el mundo además de yo, y si soy afortunado, también me habría de encontrar con alguno con el que valiera la pena molestarse. Alguno por la que haría cualquier cosa, por protegerla, por verla feliz... Especialmente si tienen una sonrisa espléndida...

Basta con seguir la mirada del duque para saber a qué se está refiriendo.

—¿No lo cree?

¿Cómo no asentir a tan inspiradas palabras?

—Sonríe siempre, pero a veces se nota que no es sincera, ¿cierto? ¡Está muy orgullosa! Más que mostrarse débil o herida finge que no hay nada y no creo que a la larga le haga bien. Creo que alguien la hizo sufrir tanto tiempo atrás y desde entonces ha dejado de confiar en las personas.

Lo observan de reojo, él le sonríe y continúa.

—Un loco. ¿Quién más la hubiera dejado escapar? ¿Y luego hierla así? Se ve a una milla de lejos que parece hielo o cristal, listo para romperse en pedazos en cualquier momento. —Por un segundo la mirada deja la pista y se enfoca en su interlocutor—. Bueno, quizás estoy exagerando. Al final, en el fondo, no se había dejado derribar y siempre se hizo ella misma. No es justo subestimarla así... es sólo que... que no puedo suprimir mi instinto de protegerla, de mantenerla alejada de todo lo que le cause mal, de hacer el tonto por verla reír o de ser insolente por verla reaccionar.

—Ya. —Una nueva voz por la espalda los hace voltear. Un hombre alto y poderoso de ojos fríos como el hielo y rizos claros observa el centro del salón con un rastro de melancolía en su mirada.

El señor McGragor no tarda en presentarse a los tres. El firme apretón de manos obliga a los hombres a ocultar una mueca de dolor, mientras que el beso en la mano de la señorita Ferguson es el mismo, embarazoso y precipitado.

La música termina y como una furia camino impacientemente hacia el grupo de personas dejando de lado al pobre Daniel.

Me doy cuenta inmediatamente del recién llegado y me adelanto para saludarlo. Queda de todos modos como un placer para mí encontrarme con el señor McGragor, no obstante todo lo que ha pasado. De hecho, en mi opinión sigue siendo uno de los hombres más gentiles y galantes que haya conocido; y esos ojos, que todos consideran tan helados y desplazados, a mí todavía me parecen sólo azules como un cielo que sabe de paz y tranquilidad. Sonrío con calma, mientras me hace una ligera reverencia. Me doy cuenta sólo entonces de mi descuido e intento iniciar las presentaciones cuando, como siempre, Mark me interrumpe.

— No hace falta, ya nos hemos presentado.

Creo que es mi decepción... Sin embargo después de un rápido intercambio de miradas entre los dos hombres, Mark agrega. —Incluso hay que descubrir que tenemos alguna cosa en común... —Ahora la mirada que le hago es definitivamente curiosa. Vicky sonríe avergonzada, mientras que William no parece haberse dado cuenta. Sin embargo, el señor McGragor se apresura a dejarnos, mostrando a su graciosa prometida empeñada en charlar con Fanny desde el otro lado de la sala.

Entre las divagaciones de Mark, consigo interceptar un “por ese motivo”..., lo observo curiosa, mientras él me hace señas sonriendo de no preocuparme y me toma firmemente de la mano y nuevamente me lleva al centro de la sala.

Después de otra ronda de bailes una vez más estamos rodeados de gente con ánimos para charlar. Resoplo, buscando una cara amistosa, cuando mi deseo se cumple.

—Al final usted pudo en serio hacer que entrara. —Daniel se abre camino hacia nosotros, dirigiéndose directamente a Mark, como si yo no estuviera...

—Se lo había dicho.

—Sí, pero no es fácil que la cabeza dura de mi prima cambie de idea —
Parece que me ignoran a propósito para molestarme...

—No tengo idea... Sin embargo también es difícil no hacer lo que te digo yo.

—¡Ey! ¿Se dieron cuenta que los estoy escuchando?

—¿No ves que estamos hablando? —Sé que me están tomando el pelo, pero
es más fuerte que yo...

—¿No creerá que también puede ordenarme como hace con todos los demás?

—Y de él también.

—¿Tú? ¿Me estás tomando el pelo? ¡Soy la única persona así de terca por
importarme cualquier simple estupidez por el sólo placer de no darme la
razón!

—¡Mira que no lo hago a propósito! ¡Sólo que cuando estás equivocado,
estás equivocado!

—Yo no estoy equivocado, ¿o sí?

—¡Escúchate!

—Ehm, disculpen...

—¿QUÉ SUCEDE?

—Sucede que nos están viendo todos...

—Ups... —Observamos avergonzados alrededor hasta que Mark intenta
romper el silencio.

—Quizá sea mejor que vaya a tomar cualquier cosa de beber. ¿Tú quieres
algo?

—No, gracias —murmuro antes de que se vaya.

—Es un cabeza dura —comenta entonces Daniel.

—¡Así es! Yo pienso lo mismo.

—Es perfecto para ti.

—¿Qué cosa?

—Me escuchaste bien, Anne. Es absolutamente inútil que lo niegues. Es uno de los pocos que sabe hacerte frente y uno de los muy pocos a quienes escuchas. Él no sólo te ama, sino que también te respeta.

—¿QUÉ COSA?

—Dije que te respet...

—Antes de eso.

—Que te ama.

—Sí, eso/ Esa es la estupidez más grande que jamás has dicho.

—¿Y por qué es una estupidez?

—¡Por qué lo es y ya!

—Mira que yo tengo un sexto sentido.

—Por favor...

—Entonces ¿por qué habrá venido esta noche., si no es por ti?

—Bueno...

—Y dime, ¿por qué te tenía de la mano arrastrándote por toda la sala sin soltarla siquiera un segundo?

—¿Qué dices?

—Ni siquiera te has dado cuenta... ¿Ves que tengo la razón?

—Es sólo que...

—Además, no me digas que no te has dado cuenta de cómo te mira.

—Esto ya lo has dicho miles de veces y...

—¡Y yo siempre tengo la razón! ¡El problema era que tú no los veías a ellos como lo ves a él!

—Basta, Daniel, de ese discurso. Ya no puedo más, ya estoy harta de los “maridos potenciales” Pensaba que ya lo había dejado claro.

—Finalmente un poco de aire fresco... —Mark al final ha conseguido abrirse paso entre la multitud en la terraza, dejándome para hablar con Daniel, pero

de todos modos lo que pueda pensar ni siquiera está ahí.

—¡Oh, allí está ella!

— Uhm. —No se puede decir con certeza que el señor McGragor es un hombre de muchas palabras... Y así Mark, adaptándose con alivio a la situación, se apoya sobre el alféizar dejando que los ojos se habituaran en silencio a la oscuridad del jardín.

—¿Tiene intenciones serias con ella?

La voz que rompe el río de pensamientos de Mark es aquella voz fría del joven escocés. Mark se voltea sorprendido y encuentra sus ojos de hielo y se queda unos segundos sin palabras.

—No se atreva a jugar con ella o deberá vérselas conmigo, ¿está claro?

En ese momento el tono se volvió amenazador y la situación le resultó muy familiar a Mark. Sonríe y retoma su clásica expresión insolente.

—¿Me equivoco o no es asunto suyo?

—Sí lo es. —Una voz familiar llama la atención de todos hacia la puerta del salón, donde la figura esbelta de Daniel se reconoce claramente.

En pocos pasos también el tercer joven se apoyó sobre el alféizar y mira directo a los ojos de Mark.

—Entonces, ¿responderá o no? ¿Tiene intenciones serias con Anne?

Lo observo decidido y el tono con el que se dirige no sólo sorprende al duque, sino que tiene algo familiar. Aunque seguramente no se espera de ese joven que hasta hace unos minutos parecía dócil y gentil con todos. Tal vez tenga algo que ver con la sangre de los Hamilton...

—Como dijiste, aquello que parece hielo en realidad es sólo cristal y no necesito decirte que tanto yo como el presente señor McGragor no queremos verlo quebrarse por enésima vez, sobre todo a manos de un “caballero” con tu reputación.

La mirada de sorpresa que dirige permite continuar a Daniel.

—¿Qué crees que somos, muchacho? ¡No somos seguramente como esos de ahí que viven en este pequeño mundo que creen en hadas sin saber nada de lo

que sucede afuera de aquí! No sólo eres el soltero de oro de la buena Londres, pero también aquel con la peor fama. No quiero que nadie le haga ilusiones a Anne para luego romper su corazón. Así que si quieres darte la vuelta y huir todavía estás a tiempo.

Tras recuperarse del shock por aquel cambio, la expresión de Mark cambia hasta volverse seria como quizás nunca lo vuelva a ver.

—No tengo ninguna intención de irme. Y si lo que le preocupa es el hecho que le hayas mentido a Anne o que no le había contado todo de mí, se equivocan. Sabe con seguridad todo lo que dicen de mí. Y la única mujer que aun sabiendo quién soy no me cayó a los pies soñando en dinero y títulos, ni me desdeñó a causa de todas las historias que circulan sobre mí. Y que a decir la verdad, en su mayoría, son producto de la envidia y los celos. Ahora bien reconozco que no soy un santo y quizás no la merezco, pero le aseguro que mientras ella quiera haré todo lo que esté en mi poder para protegerla y hacerla feliz.

La expresión en la cara de Daniel parece recostarse y mientras se ilumina una de sus famosas y fascinantes sonrisas, alarga la mano para estrechársela calurosamente al duque.

—Esperaba una respuesta así. ¡Cuide de Anne, por favor!

La mirada que el señor McGrigor le dirige a Mark, no obstante, no es igual de reconfortante. De hecho, principalmente ni siquiera parece no ocultar muy bien la amenaza ya expresada antes.

Sin embargo Mark responde también a aquello con la misma sonrisa descarada que suele hacer durante sus “momentos de triunfo”, adquiriendo una “amistosa” palmada en el hombro, que por poco no le tuerce la clavícula.

—Señores, ¿qué están haciendo ahí afuera? Hay un montón de damas en busca de caballeros para el próximo baile. ¡No querrán hacerlas esperar!

—Creo que no queremos, ¿cierto muchacho? —responde Price alegre.

Por una vez la expresión aterrorizada apareció en los rostros de Mark y Frederick y es exactamente la misma, generando la urgencia de una incontrollable carcajada del pobre Daniel, sin poder explicar a la pobre señora Ross que observa la escena desde la ventana.

En efecto debería haber preguntado cómo es que nunca se había mostrado...

Abandonada por Mark y Daniel al mismo tiempo, ignorando la ubicación exacta del señor McGragor, siento que alguien irrumpe como un halcón en mi espalda.

—Buenas noches, señor Shannon...

—Buenas noches. —Me sonrío—. Pero no estoy de acuerdo en ser tan formales, mi querida Anne.

—Oh sí, cierto... —vacilo.

—En vista de que es me descuidas toda la noche, por favor, al menos deberías concederme esta ronda de...

—¡Oh, buenas noches, señor Shannon! ¡Cuánto tiempo! —La voz de Mark lo interrumpe antes de que pueda terminar la frase.

Nos damos la vuelta sorprendidos. Albert está definitivamente desconcertado, probablemente se pregunta de dónde conoce ese rostro.

—¿Pero cómo no me reconoces? ¡Soy Mark Spencer, nos conocimos en Londres este invierno! —Se da vuelta y estruja los ojos, divertido.

—Ci... cierto... el señor duque.

—Entonces no se había olvidado. Me da gusto. Me quedaría con mucho gusto para hablar con él, pero por desgracia ahora tengo que robarle a la condesa: que este baile me lo prometió a mí, y ya sabe lo que dicen, ¿no? Una promesa es una deuda. —Lo siento si estrujé su mano un poco fuerte, pero tal vez sólo sea una impresión.

Así nos apartamos rápidamente sin darle tiempo de replicar.

—No sabía que te había prometido un baile y ni siquiera al de antes, a decir verdad...

—En realidad tú me lo has prometido todas las veces, pero no te acuerdas.

Sonrío.

—Ya le cedí uno a tu primo.

—Qué generoso... —bromeo.

—Mucho menos gratis —aclara.

—¡No le habrás cobrado, espero! —exclamo divertida.

—No hay dinero, si a eso te refieres. Quería algo un poco más valioso. —Se hace el misterioso sabiendo encender mi curiosidad.

—Creo que por lo menos debería estar informada de cuál es el precio en el mercado por un baile conmigo.

Sonríe enigmático murmurando algo que no logro escuchar antes de volver a desaparecer entre la multitud apiñados alrededor del bufete.

Lo observo resoplando sin siquiera darme cuenta que la música ha terminado y todos mis amigos han ido.

—¡Entonces, cuéntanos! —Kate y Susy entran como dos furias seguidas de cerca por una mejor compuesta, pero seguramente no menos curiosa, Vicky.

Cómo sigo sin decir palabra alguna por la sorpresa continuaron preguntando.

—Entonces, ¿están comprometidos?

—¿Pero por qué no nos dijiste nada si somos tus mejores amigas?

—¡Es decir! ¿No nos cuentas?

Todavía estoy mareada de esa ráfaga de preguntas que veo acercarse también a Sophie y la inevitable Fanny.

—¿Entonces? ¡Nos morimos de la curiosidad!

Sonríe enigmática buscando algo que responder a la pregunta.

—¿Están comprometidos o no?

No podré sino decir la verdad.

—No, sólo somos viejos amigos, como... —Noto que Fanny y Sophie intercambian una mirada de complicidad—, he intentado decirles toda mi vida —concluyo observando a Kate, Susy y Vicky resoplar desilusionadas.

—Bueno, entonces querida prima... —Mientras la escucho pronunciar por enésima vez aquellas palabras pienso en cuánto desearía alejarme a ver el

posible momento en el que nos ponemos serios —. Debes tener más cuidado en darle demasiada confianza en jóvenes, en especial los que tienen una reputación. ¿Es posible que nunca aprenda la lección? —No falta que intervenga Fanny.

Resoplo fastidiada—. Puedo cuidarme sola.

—Será, pero otro escándalo no le hará ningún bien a la reputación de nuestra familia.

Un escalofrío me recorre la espalda, al escuchar el “nuestra”.

—Claro, en ese punto tampoco su hermano osará a ofrecerle la mano... — comenta sarcásticamente Susy, recibiendo una sonrisa divertida de mí. —Un verdadero pecado. —Aún más sarcástica a Kate.

—Yo que usted no me estaría riendo tan alto. —Responde molesta.

—Menos mal que no está ella en este momento. —concluye, para sorpresa de todos, la dócil Vicky, dejando todo a boca abierta.

Sin embargo, en vista de que la malicia es dura de matar, Fanny arroja una nueva estocada en voz alta. —Entonces, condesa, ¿qué dice su padre de ser el último conde de Hastings?

—¿Perdón?

—Bueno, ciertamente a usted no se le sucederá, y Daniel desempeñará el título de Price, ya que no estoy segura de que usted tenga herederos. — Continúa Sophie

—Siempre puede heredar el título mi segundo hijo, ¿no? —Fanny no se hace esperar, dirigiéndose a la multitud y provocando la risa general.

Estoy a punto de decir unas palabras de las que probablemente me arrepentiría cuando una voz me interrumpe.

—En este momento creo que tiene más derecho nuestro segundo hijo a asumir el título de veintésimo conde de Hastings, ¿no? —Por enésima vez Mark sale de la nada a mi espalda. Nunca sabré como acostumbrarme. Sin embargo ahora es diferente: estamos en pedio de un montón de gente y apoya con familiaridad las manos en la cadera, mientras me habla casi al oído. En toda la sala cae un silencio casi innatural, que de algún modo continúa sin

interrupción.

—¿No es cierto? —Se inclina hacia adelante tratando de encontrar mi mirada.

—Entonces, ¿por qué no dices nada? —Fija los ojos directos en mí con toda la naturaleza del mundo, y yo permanezco petrificada—. El primogénito será Duque de Warwick, mientras que el segundo será Conde de Hastings. Parece justo, ¿no? ¿Por qué me miras así? ¿Querías hembras? Si quieres podemos también, para mí no es ningún problema...

—¿Perdón? —No puedo encontrar las palabras.

—¿...? —Se congela observándome con curiosidad.

—¿Me estás pidiendo matrimonio? —Continúo indiferente al resto del mundo.

—Así es. No irás a decirme... —Me confirma como si nada hubiera pasado.

—No. —Oigo a mis labios pronunciar la palabra automáticamente.

—¿Me estás diciendo que “no”? —Ahora parece aterrorizado.

—¡No, estoy diciendo que no quería decirte no! —Ahora yo lo estoy más.

Siento sus músculos relajarse contra mi espalda, sus manos se deslizan en mis caderas mientras pasa a apretarme aparte. Lo veo acercar su rostro al mío y todo el resto del mundo desaparece. Sé que estoy en medio de una sala llena de personas que me están juzgando, pero en este momento no me importa nada. Sin embargo, sigue habiendo una cosa que aclarar, así que lo detengo apoyando un dedo sobre sus labios.

—Espera, ¿no deberías hablar primero con mi padre?

—¿Por qué? —responde sorprendido.

Lo miro de lado por unos segundos, en espera de una respuesta.

— Disculpa, ¿por quién me tomas? - Resopla.

—¿...? —No cedo, hasta que lo veo sonriendo.

—Ya le había preguntado antes de venir aquí. Dijo que tenía que preguntarte...

Abro bien mis ojos por la sorpresa.

—Así que ya lo habías planeado...

—Te dije que tenía un buen motivo para estar aquí esta noche.

No tengo palabras.

—Y si tengo que ser honesto el viejo está de acuerdo. Ha respondido a mi decisión con una frase tipo “Así que finalmente hay un poco de sal en esa cabeza hueca tuya”. —dice imitándolo.

—Cuánta sabiduría en aquel hombre. —comento divertida.

—¡Ey! ¡Si quieres, puedes casarte con él! —Responde molesto. Sé que de aquí podría nacer una de nuestras interminables discusiones así que decido dejarlo así, sólo por esta vez...

—No, me conformaré con el cabeza hueca. Siempre puedo usarla como joyero... —me acerco sonriendo felizmente.

—¿Cómo está? —Lo siento deslizar algo en el dedo de la mano pero no puedo apartar la mirada de sus ojos ya tan cerca de mí.

—¿No lo mirarás? —Me desafía a pocos centímetros de mis labios.

—Habrà una vida entera para apreciarlo. —concluyo sonriendo esperando a que sea él quien cierre la distancia entre nosotros definitivamente. Cosa que obviamente se apresura a hacer.

-Epílogo-

No sé cuánto duró nuestro primer beso aquella noche en medio del salón, entre la multitud, en la villa de los Rushwell. Sin embargo, aunque sólo haya sido un momento, a mí me pareció eterno. Si cierro los ojos siento que estoy allá de nuevo, siento sus labios sobre los míos, sus dedos entrelazados con los míos, su respiración mezclarse con la mía.

Si vuelvo a abrir los ojos puedo ver cada uno de los rostros de los presentes: estupefactos, felices, conmovidos, furiosos.

Lo escucho reír mientras me aprieta contra sí anunciando que obviamente todos estaban invitados al matrimonio y luego susurrarme al oído que cuando nos casemos debo dejarlo terminar sus frases antes de responder o de lo contrario, podría arriesgar hacerlo morir por un infarto antes del segundo hijo.

—¿Y por qué no del primero?

—Creo que puedo aguantar un poco más que eso... —me susurra pícaro directamente en el oído, haciendo que me sonroje como un tomate.

Aún sigue haciendo esas cosas, como ahora que no me deja escribir.

—A ver, ¿me puedes dejar ser o no? ¿No ves que estoy respondiendo a una carta? —se aleja a regañadientes, haciendo pucheros como un niño malcriado.

—¿Y se puede saber a quién y qué estás escribiendo? —Él intenta espiar por mis espaldas con curiosidad.

—A Joe. —Decido seguirle la corriente así que le respondo misteriosamente.

—¡EY! ¿Y quién es este tal Joe? —Parece preocupado, ¿acaso está celoso?

—No me digas que no lo recuerdas. Jonathan Stuart, aquel viejo amigo mío que ahora vive en París. —Sonrío para tranquilizarlo.

—No lo recuerdo. ¿Cómo es? —Ahora parece estar ofendido.

—¿Cómo que “cómo es”?

—A mí nunca me has respondido... —Sí, está ofendido.

—Tú nunca me has escrito. —Me acerco a él intentando arreglar las cosas.

—Detalles —murmura, escondiendo su sonrisa astuta contra mis labios, impidiendo por enésima vez que continúe con mi carta.

Algunos días después, al otro lado del mar, entre las vivaces calles bajo la sombra de la cúpula del Sagrado Corazón de París, frente a una copa de vino tinto, un hombre está cerrando el mismo pedazo de papel. Una sonrisa le ilumina el rostro mientras deja que su mirada se mueva por la plaza abarrotada frente a él.

De repente un rostro familiar llama su atención. Es un hombre alto, moreno, de piel bronceada y dos profundos ojos negros que se esconden detrás de su pelo rebelde que le cae en la frente.

—¡Hola! —El joven ya sentado acompaña su saludo con un gesto de su mano para llamar la atención del recién llegado.

Éste lo observa un poco sorprendido por algunos segundos antes de asociar su figura a un nombre y dirigirse a él.

—El señor Stuart, si no me equivoco. —Se dan un cortés apretón de manos.

—No se equivoca, capitán. Cuánto tiempo... —Joe le indica que se siente mientras llama al camarero.

—Así es. —Ordena el vino.

—Pensé que estaba en India.

—Sí, estaba apostado allá hasta el mes pasado, pero ahora regreso a casa.

—¿Por nostalgia?

—Más que todo es que tengo asuntos que arreglar. —Un destello de determinación atraviesa su mirada mientras Joe sonrío con tristeza, pasándole la carta que tiene entre las manos.

—Si el asunto tiene dos espléndidos ojos azules entonces, capitán Wordsworth, creo que llega tarde.

“Querido Joe,

Acabo de recibir tu carta y no puedo sino responderte de inmediato para felicitarte por tu matrimonio. Me siento muy feliz de que tú también hayas finalmente encontrado a tu alma gemela. No sabes lo curiosa que me siento por conocer a tu nueva esposa, ¿cuándo te decidirás a traerla aquí para que conozca a todos tus viejos amigos? Obviamente dale también a ella mis más sinceros deseos de que tengan una vida espléndida y feliz.

Mientras tanto, por petición tuya, te actualizo con las últimas novedades de nuestra querida Bakerville.

Al saberse la noticia de mi matrimonio, mi tía Sarah arrastró a mi tío, prácticamente a rastras, hasta Mansfield para verme y para conocer a Mark.

Apenas llegaron, Fanny fue relegada de inmediato al puesto que le corresponde.

¡Debiste ver la cara de mi tía cuando vio las cortinas que Fanny hizo colgar en el gran salón! Me parece que debo plantearte la escena:

—¿De dónde salieron estas cortinas?

—Las elegí yo, señora. —Fanny, orgullosa, da un paso adelante.

—Ah... —Y después de algunos minutos de silencio—. Fanny, tesoro, quédate tranquila, no debes demostrarle a ninguno de nosotros que en un futuro serás una gran señora de la casa, incluso cuando no tienes idea sobre qué hacer. Deja que Luisa lo haga, ella es una ama de casa fabulosa y sabe muy bien cómo manejar Mansfield.

Luego a Luisa, apenas la vio: —Trae para acá las cortinas que teníamos en Italia el verano pasado. —Y a voz muy baja, aunque no tanto...—: Y haz que desaparezcan de inmediato estas atrocidades.

Fue extremadamente gracioso... debiste estar ahí.

Kate finalmente logró casarse con su querido abogado mientras que Susan se comprometió con un oficial apostado en la misma nave que William.

También él y Vicky están por casarse, aunque elegir una fecha es un poco complicado debido al trabajo de William y de sus continuos viajes. Es cierto que Vicky no es el tipo de recorrer el mundo persiguiéndolo, pero el amor a veces puede hacer milagros, quién puede decirlo...

La última novedad de la semana es que el hermano de Martin decidió regresar y sus padres han decidido perdonarlo, ya sabes lo que dicen de los hijos pródigos... Pero ahora, Martin se ve obligado a renunciar a su título y a conformarse con un papel secundario y una renta inferior. Él siempre ha sido el mismo y el simple hecho de poder abrazar de nuevo a su hermano lo ha hecho el hombre más feliz del mundo, aunque a su “querida Sophie” no le agrada tanto la noticia como a él... Para intentar compensar un poco las cosas, el padre de Mark le ofreció la posición de administrar la pequeña rectoría al sur de Monkfort. Me parece que le interesa la propuesta. Luego te diré cómo termina todo.

Y ahora, la última noticia pero no la menos importante, tomo la oportunidad para anunciarte por adelantado una gran noticia: ¡estoy esperando un hijo!

Por ahora no lo sabe nadie, además de Mark obviamente, cuando se lo dije ayer se quedó en silencio por al menos diez segundos. Luego estalló de risas como si sufriera de una crisis nerviosa, temía que le diera un infarto...

Cuando comenzó a respirar de nuevo, corrió hacia mí, me abrazó y comenzó a hacer planes.

Él está seguro de que es un niño.

Yo ya estoy pensando en el nombre (el que propuso él, Mark Junior, ni siquiera lo tomé en consideración): Henry, como su abuelo, o Alexander, como el mío. Todavía estoy indecisa.

Si es una niña, no lo sé, todavía tenemos tiempo...

Ahora debo dejarte, dentro de poco vendrán mis padres para almorzar y debo prepararme psicológicamente para darles la gran noticia. Quién sabe cómo lo tomarán.

A pesar de todo lo que ha sucedido este último año, soy feliz, en serio, creo que nunca había sido tan feliz, estoy segura de que cada cosa que sucedió, cada persona con la que me encontré, cada palabra dicha, cada lágrima que derramé, fueron por un motivo: que llegáramos hasta donde estamos hoy.

¿Acaso no piensas lo mismo?

Ahora realmente debo irme, creo que Mark está entrando en pánico por la idea de tener que afrontar solo a mis padres.

Hasta pronto.

Con cariño,

Anne”

Lentamente cierra la carta con la mano. Tiene una extraña expresión pintada en su rostro. Joe lo observa beber su último sorbo de vino y levantarse en silencio.

—¿Todavía piensa en regresar a Inglaterra, capitán?

Sonríe y sacude la cabeza antes de alejarse y perderse entre la multitud de París.

Personajes en orden de aparición:

Anne Hamilton, condesa de Hastings, vive en Hartford Park y es la protagonista.

Katerine Laurence, Kate, e Susan Grant, Susy, son sus dos mejores amigas.

Johnatan Stuart, Joe, viejo amigo de la infancia y compañero de travesuras. Ha estado enamorado de Anne desde siempre, pero ella lo ve como un hermano.

Victoria Ferguson, la otra querida amiga de Anne, comprometida con William Taylor.

Daniel Price, único hijo de Lord Price y primo de Anne, vive entre Londres y la hacienda familiar en Mansfield y adora a Anne como si fuera su hermana menor.

Frederick McGragor, caballero escocés, gran amigo de Daniel, prometido por petición de su familia con la señorita **Eleanor Williamson**.

Fanny Shannon, nueva prometida de Daniel.

Albert Shannon, hermano de Fanny y nieto de Lord Shannon, un tipo bastante inseguro, parece querer la mano de Anne.

William Taylor, nuevo capitán de la Marina Real Inglesa, amigo de la infancia y primer amor de Anne.

Mark Spencer, único hijo del conde de Warwick y reside (o debería hacerlo) en Monkfort. Desenfrenado y aburrido, odia el campo y a los campesinos. La única compañía que parece tolerar en todo Bakerville y sus alrededores parece ser aquella de Anne, en cuya casa suele presentarse inesperadamente y sin invitación, mayormente por las entradas posteriores.

Edward Wordsworth, nuevo capitán de la Marina Real Inglesa, compañero de armas de William.

Martin Rushwell, amigo de la infancia del grupo.

Sophie Devemport, nueva prometida de Martin.